



Elixir

*Jennifer L.
Armentrout*

AUTORA BEST-SELLER DE USA TODAY Y NEW YORK TIMES

Lectulandia

Aiden St. Delphi hará cualquier cosa por salvar a Álex.

Incluso si eso significa hacer la única cosa de la que nunca será capaz de perdonarse.

Incluso si significa ir a la guerra contra los dioses.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Elixir

Saga Covenant - 3.5

ePub r1.2

Titivillus 01.09.15

Título original: *Elixir*
Jennifer L. Armentrout, 2012
Traducción: Verónica Blázquez
Diseño de la cubierta: Kate Kaynak

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Álex agarró con fuerza las barras de titanio forjadas por Hefesto y Apolo. Sus ojos color ámbar parecían arder de odio. Pero esos ojos... esos ojos no eran de Álex.

Los suyos eran cálidos y marrones, como un buen whisky. Los conocía de memoria desde que los vi por primera vez en aquel almacén de Atlanta. Esta era una criatura completamente distinta.

Cuando la llevamos al refugio de Apple River, Illinois, estuvimos a punto de perderla. Ninguno de nosotros, ni siquiera yo, nos habíamos imaginado tal demostración de poder, y no estábamos preparados. Si Apolo no hubiese logrado engatusar a Hefesto, el único dios capaz de construir algo que pudiese retener al Apollyon, para que crease una habitación donde poder encerrar a Álex, no habríamos podido controlarla.

—Si no me sacas de aquí, le arrancaré las costillas a tu hermano y me las pondré de corona.

Hice como si nada. Durante estos últimos días me había acostumbrado a las amenazas. Matar a Deacon era una de sus amenazas favoritas, pero enseguida se aburrió de ella. Al principio no era así. Estaba... casi normal, excepto por los ojos ambarinos. Hablaba como Álex, parecía ella; soltaba algún chiste, igual que Álex; discutía igual que Álex; hacía los mismos razonamientos que Álex.

Se agarró a las barras de titanio. Cada una de ellas estaba envuelta en una malla de metal irrompible, que Hefesto ya había probado con Afrodita una vez. Ni siquiera el Apollyon podía atravesarla.

En el techo habíamos hecho unas marcas sobre el cemento, neutralizando así la mayoría de sus recién descubiertas habilidades. Eso no la detenía del todo, pero lo suficiente como para evitar que fuese un peligro para ella misma o para los demás.

Por ahora.

La sangre me hervía al recordar lo que ocurrió cuando Despertó. Había conectado con el Primero, Seth, y todos sabíamos que le había revelado su paradero. Supe de inmediato que había que trasladarla rápidamente, pero no me gustó cómo lo hizo Apolo.

Le lanzó un rayo divino.

Y yo le di un puñetazo a él.

Aún me sorprende seguir vivo.

—¿Sabes lo que vas a sentir cuando me veas hacerlo? —dijo burlona—. Lo mismo que cuando viste a los daimons acabar con tus padres, solo que esto va a ser mucho, mucho más bonito.

Me crucé de brazos.

Exhaló lentamente, agachó la cabeza y se secó las lágrimas.

—Por favor. Aiden, por favor, sácame de aquí.

Cerré los ojos y un músculo se tensó en mi mandíbula. Esta... esta era su táctica más dura.

—¿Por qué me estás tratando así? No me encuentro bien. Me duele. ¿Por qué les dejas que me traten así?

Abrí los ojos como un resorte y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Le corrían lágrimas por las mejillas, y por un segundo, tan solo un momento, olvidé que realmente no era Álex la que estaba ahí, suplicándome y rogándome.

—Pensaba que me querías.

Me moví tan rápido que se asustó. Atravesé los barrotes con las manos y le agarré la cara. Apoyado en los fríos barrotes, posé mis labios sobre su frente. Fue un beso duro y rápido. Furioso. Desesperado. Ella se quedó paralizada, sin saber muy bien qué hacer. En las últimas cuarenta y ocho horas, esa había sido la única forma de que callase.

Me aparté y la solté.

—Te quiero y por eso no te voy a soltar.

De repente pareció frustrada, con ganas de arrancarme la piel a tiras. En tan solo un segundo su mirada llorosa desapareció. Álex gritó y se dirigió hacia el fondo de la celda. A tres metros de los barrotes, se apoyó encorvada contra la pared.

—No puedes retenerme aquí para siempre.

—Puedo intentarlo.

—Viene a por mí.

—No va a encontrarte nunca —le dije mientras me sentaba en la silla metálica que había frente a la celda. Me aseguré de que tuviera todo lo que pudiese necesitar: un pequeño baño separado y una cama que había destrozado por completo, convirtiéndola en apenas un colchón y trozos de tela.

Álex rio y se apartó de la pared.

—No puedes contra él.

Miré el plato de comida que seguía intacto junto a la reja de entrada.

—Come, Álex. Tienes que comer algo.

—Nunca podrás ser él.

Me acaricié la incipiente barba del mentón mientras ella se acercaba lentamente al plato de comida, y en mi interior creció una pequeña esperanza. Llevaba sin comer cuatro días, desde que había Despertado. No tenía ni idea de cómo tenía fuerzas para seguir caminando. Cogió el plato y se apartó.

—¿Vas a comer algo esta vez? —pregunté cansado.

Álex sonrió y lanzó el plato directamente hacia donde yo estaba sentado. El plástico se estampó contra el titanio y cayó al suelo. Los trozos de comida —puré y algún tipo de carne—, atravesaron los barrotes, manchándome el pecho y la cara. Habíamos dejado de darle platos de cerámica al ver que los rompía y convertía los fragmentos en afiladas armas.

Armándome de la poca paciencia que me quedaba, me quité los trozos de comida de encima.

—¿Te ha sentado bien, Álex?

Hizo una mueca de tristeza.

—La verdad es que no. —Entonces, se puso a caminar. Sus movimientos eran fluidos y, a pesar de haberme vuelto a tirar la comida encima, me quedé embobado observándola.

—No aguanto más. Sácame de aquí. Si no me ayudas, acabaré contigo.

Negué con la cabeza.

—Álex, tienes que quedarte ahí. Te conozco. Se me pararía el corazón si te perdiese por completo.

Se dejó caer sobre el colchón y gruñó.

—Dioses, pero qué bonito. El corazón me va a mil.

—Míralo. —Me levanté y agarré los barrotes, tal y como había hecho ella momentos antes—. Me preguntaba cuánto me costaría que te mostraras. ¿Acaso te molesta el amor que siento por ella, Seth?

Se tumbó de lado, arrugando la frente y con cara pálida.

—Seth no está aquí, estúpido pura sangre.

—Duele cuando se une a ti ¿verdad?

—¡Que no está aquí! —gritó con la voz rota.

Sabía que estaba mintiendo.

—Está aquí. —Me incliné sobre los barrotes—. Puedo verle en tus ojos.

Álex se encogió, pegando las rodillas al pecho. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Sabía lo que estaba haciendo, se estaba escondiendo dentro de sí misma, llegando hasta Seth, contactando con él.

—Álex —dije.

Cerró los puños y levantó la cabeza.

—Vete.

La miré a los ojos.

—Nunca.

—Te odio —dijo entre dientes. Lo cierto es que sonaba como si lo dijese de verdad—. ¡Te odio!

—Eso sí que no es verdad, Álex me ama.

Puso los ojos en blanco.

—Que yo soy Álex, idiota. Y no te quiero. Necesito...

—Necesitas a Seth. —Algo comenzó a arder en mi interior y agarré los barrotes hasta que me dolieron las manos. En el fondo, sabía que no era solo Seth obligándola a comportarse así. Sí, parte de lo que había dicho era cosa de Seth, pero esa necesidad la manejaba. La necesidad de estar cerca del Primero era palpable, potente y real.

Podía sentirla.

Recordé lo que el oráculo le dijo en verano sobre la necesidad. En aquel momento

no lo entendí del todo, pero ahora sí. La necesidad la estaba destruyendo, me estaba destruyendo.

—La necesidad no es amor, Álex.

Antes de que Álex pudiese contestar, la puerta se abrió.

—¡Oh! —Estiró las piernas y dio una palmada—. ¿Más visitas para la pequeña Álex? Qué suerte tengo, ya estaba cansada de verle la cara a este.

Marcus, el tío pura sangre de Álex, me miró.

—Veo que está de buen humor.

Resoplé.

Álex se puso de pie y se dirigió de manera forzada hacia la derecha. El colchón, lo último que quedaba en la habitación, estaba flotando a varios metros del suelo. Le habíamos quitado todo lo demás, ahora le resultaba fácil usar los elementos. Parecía que tan solo tuviese que desear que algo ocurriese y sucedía; y dioses, le encantaba.

Marcus y yo la observamos, fascinados por lo que estábamos viendo. Era más fuerte que el día anterior, lo que significaba que la magia protectora estaba empezando a dejar de hacer efecto. Hefesto tendría que volver a hacernos una visita muy pronto.

—Y bueno, ¿dónde estamos? —Soltó esas palabras con fuerza, llenas de energía.

Di un paso atrás. Sus palabras se abrieron paso en mi interior, las sentía muy dentro. Me obligué a romper el contacto visual con Álex y me giré hacia Marcus. Tenía los ojos como vidriosos y ausentes. Estaba a punto de confesarle nuestra ubicación. Le puse una mano sobre el hombro.

Parpadeó y soltó un taco.

—¿Es solo cosa mía o cada vez se le da mejor hacer esto?

Álex rio nerviosamente, como amenazadora, y me recordó a aquel niño espeluznante de El Cementerio Viviente, ese que iba por ahí matando gente con un bisturí.

—Eso creo. Aunque debería estar cada vez más débil, porque no ha comido nada. —La vi regresar hacia el colchón. Se detuvo, mirándonos por encima del hombro. Entrecerró los ojos. Quise saber qué estaría tramando—. De todos modos, tenemos que asegurarnos de que nadie baje aquí.

Marcus asintió con la cabeza. La casa era otra de las propiedades del padre de Solos, pero esta tenía más tráfico de Centinelas. Algunos paraban aquí de camino hacia sus nuevos destinos, así que teníamos que tener la puerta del sótano cerrada cuando había desconocidos en la casa, que solía ser a menudo. Dados los últimos acontecimientos, siempre estaba llena de gente. Muchos estaban siendo reubicados desde el Oeste y se dirigían hacia lo que quedaba de Deity Island o hacia el Covenant de Nueva York.

—¿Marcus? —Álex nos miró.

—¿Sí, Alexandría?

Con una media sonrisa, dirigió su mirada hacia mí.

—¿Te molesta que Aiden y yo hayamos estado...? ¿Cómo decirlo...? ¿Que me haya visto desnuda? Varias veces.

Oh. Dios. Mío. Ya estamos otra vez. Sacudí la cabeza y me froté los ojos con una mano.

—Álex...

Marcus se puso tenso.

—He tenido tiempo para asumirlo. Y la verdad es que no puedo decir que me sorprenda. —Me miró, con el ceño fruncido—. Si hay una regla, tú vas a romperla, Álex. Pero no pensaba que Aiden fuese tan...

—¿Irresponsable? —aportó Álex. Yo miré hacia el techo, molesto—. ¿Y un tremendo desgraciado por haberse aprovechado de mí, tu pobre sobrina, que tanto ha sufrido? Se aprovechó de mí. Usó una compulsión. Me obligó...

Dejé caer la mano. El miedo se apoderó de mí. Llegué incluso a sentirme mareado. No podía haber... pero sí, lo había hecho.

—Es un desgraciado —respondió Marcus como si nada—, pero dudo mucho que se aprovechase de ti o usase una compulsión.

—Gracias —murmuré.

Álex se encogió de hombros y se giró hacia nosotros.

—Pero se saltó las reglas. ¿No deberías estar más enfadado?

—Sinceramente, con todo lo que está pasando, esa es la menor de mis preocupaciones. —Marcus sonrió y en los ojos de Álex brilló un reflejo ambarino—. Y la verdad es que, si nos ponemos a hacer una lista comparando cuántas reglas se han roto, creo que precisamente tú estarías en lo más alto.

—Pero él usó una compulsión sobre un pura sangre.

—Y tú mataste a uno. Una por otra, Alexandría. —Aunque no era la primera vez que teníamos esta conversación con Álex, nunca dejaba de sorprenderme lo calmado que se mostraba Marcus todo el rato.

—Pues entonces deberías castigarnos. —Se inclinó hacia los barrotes con las manos pegadas al cuerpo—. Las reglas son las reglas, tío. Llévanos ante el Consejo.

—No vamos a dejarte salir —interrumpí—, tendrás que intentar otra cosa, Álex. Cerró los labios con fuerza y siseó como una serpiente.

—¿Y qué tal si entras tú aquí?

Le sonreí.

—¿Te gustaría, eh?

Movió las manos y se apartó de los barrotes, manteniéndome la mirada.

—Me encantaría.

La puerta de arriba se abrió y la luz se extendió escaleras abajo. Marcus se dio la vuelta, pero yo no aparté la mirada de Álex. Su miraba me retaba, me desafiaba. Quería pelea y, a pesar de que sus poderes elementales estaban bajo mínimos, sería una dura contrincante. Más hábil que la última vez que la incité a pelear conmigo. Pensando en eso, me acordé de cómo había terminado aquella pelea.

Álex me había besado.

Sentí un nudo en el estómago, aunque sabía que esta vez no acabaría así. Si lograra ponerme las manos encima, intentaría matarme. Tenía que estar recordándomelo constantemente. Cuando se conectaba con Seth no era la chica a la que había admirado en el Covenant, o de la que me había enamorado.

—¿Marcus? ¿Aiden? —Solos nos llamó desde arriba—. ¿Estáis ahí abajo?

—No bajas —le recordé, mirando a Álex, que se puso repentinamente alerta. Los mestizos eran más susceptibles a las compulsiones y ella lograba un efecto brutal.

—No pensaba hacerlo —respondió—. Os necesitamos aquí arriba. Apolo ha vuelto.

Marcus me lanzó una mirada llena de significado y luego miró a Álex, antes de subir. La llegada de Apolo podía significar que, por suerte, había encontrado algo que rompiera el vínculo que mantenía unidos a Álex y a Seth.

Álex salió disparada y se agarró a los barrotes.

—Ni se os ocurra dejarme aquí sola.

Oí que Marcus se paraba al final de las escaleras.

—Pensaba que estabas harta de mí, Álex.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra los barrotes.

—Odio estar aquí. No lo soporto. El silencio... Odio el silencio.

Y yo odiaba el tono de dolor que se notaba en su voz.

—No has respondido a mi pregunta.

Las comisuras de sus ojos se arrugaron levemente al juntar las cejas.

—Pues vale. Vete. Me da igual. Te odio igualmente.

Me acerqué a los barrotes y metí la mano. Pasé los dedos por su pelo enmarañado, hacia su cuello. Álex estaba tan quieta que parecía no respirar. Encontré la cadena y tiré de ella con cuidado hasta que la rosa de cristal descansó sobre la palma de mi mano.

Contuvo el aliento, pero no se movió.

—Si me odias, habrías destruido esto.

—Dame tiempo y lo haré.

Me reí y solté la rosa. Abrió los ojos y me miró con recelo.

—No. No lo harás. Mientras lo lleves puesto, sabré que sigue habiendo parte de ti ahí dentro. Que sigue habiendo esperanza.

Álex cogió el collar, cerrándolo en su puño mientras se apartaba. En lugar de arrancárselo del cuello, lo sujetó con fuerza y se retiró hacia el colchón. Se sentó, se apoyó contra la pared, y puso las rodillas contra el pecho.

La esperanza creció en mi interior como una frágil planta a la que había que vigilar con cuidado. Me aparté de los barrotes.

—Luego te traigo algo de comer y de beber.

No hubo respuesta y sabía que no iba a conseguirla. Me di la vuelta y subí las escaleras rápidamente. Marcus y Solos me esperaban en el estrecho pasillo.

—¿Aún no ha comido? —preguntó Solos mientras se frotaba la cicatriz que surcaba su cara, desde el ojo hasta la mandíbula.

Los adelanté y negué con la cabeza. Estábamos preocupados porque no comía nada. Fuese o no fuese el Apollyon, no duraría mucho más así sin graves consecuencias.

Solos se puso detrás de mí.

—A una mala podemos sujetarla y obligarla a que coma.

—Acércate a menos de un metro de ella y acabarás colgado de una viga del sótano. —Marcus le lanzó al Centinela mestizo una mirada de advertencia—. Ni se te ocurra.

—Sin mencionar que seguramente acabaría vomitando toda la comida. —Me pasé los dedos por el pelo y fui hacia el salón. Había un algo anormal en el aire, como si emanase energía.

Energía divina.

—Atención, chicos. Apolo no está de buen humor —dijo Solos. El estómago me dio un vuelco—. No creo que haya logrado encontrar un modo de romper la unión. Odio tener que decirlo...

Me giré tan bruscamente hacia el mestizo que incluso dio un paso atrás.

—Entonces no lo digas.

—Aiden —dijo Marcus con voz grave.

Solos levantó las manos.

—Mira, lo único que digo es que tenemos que tener en cuenta la posibilidad de que no podamos romper el vínculo.

—No hay nada que tener en cuenta —respiré profundamente, buscando la paciencia que había adquirido tras tantos años de cuidar a mi hermano, pero no la encontré—. Encontraremos una forma.

—¿Y si no lo logramos? —Respondió Solos sacudiendo la cabeza—. ¿La dejaremos salir de la jaula para que ella y Seth puedan irse en plan Bonnie & Clyde por el mundo? ¿O dejamos que se pudra en el sótano y se muera de hambre?

—Solos, te advierto que sería prudente que parases —dijo Marcus.

—No me malinterpretéis. Álex me gusta. Creo que es una chica bastante maja —continuó Solos—, pero ¿no sería más humano acabar con su dolor en vez de...?

Mi puño impactó contra su mandíbula antes incluso de darme cuenta de lo que estaba pasando. Echó la cabeza hacia atrás y se tambaleó hacia un lado. Me lancé hacia delante, lo agarré de la camiseta y lo estampé contra la pared, llevándome varios cuadros por delante.

—¡Aiden! —gritó Marcus.

—No vamos a hacerle daño a Álex —dije en un gruñido mientras ponía al Centinela de puntillas—. No vamos a tocarle ni un pelo. ¿Me entiendes?

Solos abrió los ojos de par en par.

—Sé que la quieres...

—No tienes ni puñetera idea. Ten por seguro que no sabes hasta dónde sería capaz de ir por mantenerla a salvo. —Le solté y se desplomó sobre la pared—. Y si eso significa tener que matar a un mestizo para asegurarme de que no le pasa nada, no dudaré en hacerlo.

—Aunque veo que estás entretenido yendo en plan cavernícola contra Solos, tenemos que hablar —dijo Apolo desde el salón—. Así que ya basta, Aiden.

Solos se puso recto y se sujetó la mandíbula.

—Aiden, no quería decir...

—Ahórratelo. —Me di la vuelta y fui hacia el comedor, pasando por delante de Marcus.

Miré a Apolo y entrecerré los ojos.

—No digas nada.

—¿Vas a pegarme de nuevo? La verdad es que me gustó la primera vez.

No iba a caer en eso. Crucé el cuarto y descorrí una pesada cortina. La noche había caído sobre los altos olmos y robles. Sus ramas seguían desnudas, como esqueletos. En otro momento aquel paisaje me habría parecido hasta bonito, pero en ese momento se me antojaba solitario y desesperanzador.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Marcus.

—Sí, pero ahora mismo tenemos problemas aún peores que Álex.

Mirándoles a ambos, me apoyé contra el frío cristal de la ventana.

—¿Y eso?

—Por una parte me da miedo preguntar —dijo Marcus. Solos soltó una risita por lo bajini e hizo una mueca de dolor. Marcus fue hacia el sofá de cuero y se sentó—, porque la verdad es que no sé qué podría ser peor que el que Álex se ponga en nuestra contra.

Apolo arqueó una ceja.

—Oh, esto lo supera.

—¿Estás alargando la cosa solo para darle más dramatismo? —Se me empezaba a agotar la paciencia.

Sus inquietantes ojos blancos crepitaron y la habitación empezó a oler a ozono quemado. Marcus sacudió la cabeza, pero yo levanté las cejas, imperturbable. La verdad es que ya nada me desconcertaba.

Apolo torció los labios en una sonrisa.

—Se está gestando una guerra.

Capítulo 2

Vale, al parecer sí que era difícil de superar. De mi boca se escapó una risa seca y penetrante mientras me apartaba de la ventana.

—¿Una guerra?

Ahora que todos le estábamos prestando atención, Apolo parecía haber crecido.

—Una guerra entre los dioses y los que siguen al Primero.

Marcus soltó una maldición. Últimamente lo hacía mucho.

—¿Los dioses van a ir contra Seth?

—Piensan enfrentarse a Seth y a cualquiera que esté de su lado. —Hizo una mueca de disgusto—. Incluyendo a Lucian.

—Es imposible que Lucian pueda reunir a tanta gente. —Solos se inclinó sobre el respaldo del sofá—. Unirse a él sería una locura.

—Pero Lucian tiene al Apollyon. Y solo eso ya tiene cierto atractivo. —Marcus se echó hacia atrás; parecía estar tan cansado como yo.

—Tienes razón —respondió Apolo—. Hemos podido saber que hay muchos que se están poniendo de su parte.

—¿Tenéis espías? —Le pregunté por curiosidad.

Apolo sonrió, y fue tan espeluznante como la risita infantil que Álex había soltado hacía un rato. Chasqueó los dedos y una onda de energía recorrió toda la habitación como un torbellino. Al lado de Apolo comenzó a brillar una luz azul, y una figura humana empezó a tomar forma.

Apareció un hombre de unos dos metros de alto, con el pelo rubio de punta. Se parecía muchísimo a Apolo y tenía sus mismos ojos blancos. Con esos pantalones cortos, chancletas y una camiseta hawaiana, parecía un perdedor que hubiese dejado la universidad.

Pero era un dios.

Igual algún día acabaría acostumbrándome a que aparecieran y desaparecieran dioses de la nada como si no hubiese un mañana, pero como me había pasado toda la vida sin ver ninguno, me parecía increíble estar en la misma habitación que ellos, los seres más poderosos que jamás hayan existido.

Y, al parecer, también los más cabreados.

Marcus se puso rápidamente de pie e hizo una reverencia, al igual que Solos y yo. Pero el dios ni se fijó. Se giró hacia Apolo con cara de cabreo.

—¿Simplemente chasqueas los dedos y me haces aparecer delante tuyo? ¿Como si no tuviese nada mejor que hacer?

Apolo sonrió.

—¿Acaso no es así?

—No soy uno de tus criados, hermano. La próxima vez pienso romperte uno de

esos dedos y metértelo por el...

—Tenemos público. —Apolo hizo un gesto hacia nosotros, y me pareció que puso la misma cara de sorpresa que nosotros—. Y ninguno quiere saber las cosas que te gusta hacer en tu tiempo libre, Dionisio.

El dios del vino y la fiesta eterna se rio de su hermano y se tiró sobre una silla. Estiró las piernas y se frotó el cuello bajo la barbilla.

—Como mínimo podrías hacer que me diesen algo de beber.

Marcus se puso en pie rápidamente.

—Podemos traerte algo. Tenemos vino...

—No hace falta. —Apolo entornó los ojos—. Y lo mínimo que puedes hacer es mantener una conversación durante cinco minutos sin estar borracho.

—Lo que tú digas. —Dionisio giró la cabeza hacia nosotros y se rio entre dientes. Una parte de mí se preguntaba si ahora mismo estaría borracho—. Dos pura sangre y un mestizo, pero hay algo, hay mucho, mucho más en esta casa. —Sus ojos brillaban mientras olisqueaba al aire—. ¡Ah, sí! La pequeña Apollyon está aquí.

Me puse tenso al escuchar un interés obvio en la voz de Dionisio. Apolo me miró, advirtiéndome de que ningún otro dios sería tan tolerante como él si me liaba a puñetazos.

—Sabes que ella está aquí y también sabes que esa no es la razón por la que tú estás aquí.

—¿Por eso has tenido a Ananké nerviosa toda la mañana? —Dionisio sonrió envalentonado.

Al escuchar el nombre de Ananké, miles de sentimientos violentos afloraron en mi interior. Empecé a moverme, pero me paré. La ansiedad me bloqueaba todos los músculos. Apolo no se habría podido atrever. Incluso Solos estaba pálido. Todos sabíamos sobre quién y qué mandaba Ananké, y no auguraba nada bueno para Álex. La rabia me dejó sin palabras, y antes de poder recuperarme, Marcus habló.

—¿Por qué has metido a Ananké en esto?

Apolo le quitó importancia.

—Este no es momento de discutir eso. Dionisio ha sacado información sobre el hecho de que el Olimpo se está preparando para la guerra.

Dionisio bostezó.

—Tanto la política como la sangre me aburren, pero soy de mucha utilidad para sacarle información a los que saben.

—El vino y la bebida... —murmuró Solos.

—... sueltan la lengua —completó Dionisio sonriendo—. Hay un campamento de gente siguiendo los movimientos de Lucian y el Primero. Tiene casi el tamaño de un ejército. Se han trasladado justo a las afueras del Covenant de Tennessee. Mis hermanos y hermanas los están vigilando muy de cerca.

Mierda. Si Seth y Lucian fueran a por el Consejo, los dioses volverían a tomar represalias y se perderían más vidas inocentes.

—Hay más de cien Centinelas y Guardias mestizos con ellos —añadió como si nada.

—Por todos los dioses —murmuró Solos frotándose la frente.

—Sea lo que sea que estos dos están vendiendo, la gente lo está comprando como si fueran adictos al *crack*. —Dionisio se miró las uñas, como si estuviera aburrido—. No es por nada, pero los mestizos deben de ser bastante idiotas si piensan de verdad que ponerse en nuestra contra es algo muy inteligente.

No fue necesario mirar a Solos para saber que ese comentario no le había sentado muy bien.

—Lucian seguramente les esté ofreciendo lo único que no tiene ninguno.

—¿Y qué es eso? —Preguntó Dionisio.

—Libertad. —Me senté en el brazo del sofá—. La libertad de hacer lo que les plazca y no estar en deuda con los puros de ninguna forma.

—Pero este es libre, ¿no? —Dionisio hizo un gesto hacia Solos.

—¿Libre? —Solos se puso firme—. ¿Puedo ser sincero?

—Claro —respondió el dios—. ¿Por qué no?

Solos inspiró suavemente.

—Convertirse en Centinela era el menor de dos males. Mis opciones eran permitir que me cogiesen como sirviente y permitir que me despojases de mi propio ser o esta vida, que te asegura una probable muerte prematura. ¿Cómo puede llamarse libertad a eso?

Dionisio arrugó la frente.

—¿No sientes que tu honorable labor es suficiente?

—No tiene nada que ver con su deber —le corté mirando a Apolo de reojo—. Los Guardias y Centinelas mestizos creen en su deber y darán su vida por ello, pero no les hemos dado elección, al menos no la misma que yo tuve. Y si Lucian está tentándolos con la idea de poder elegir su propio destino, ¿acaso podemos culparles?

—Entiendo ese deseo, Aiden y puede que haya que cambiar algo, pero no podemos permitir que Lucian los conduzca hacia una guerra contra nosotros —dijo Apolo—. Y sé lo que estás pensando, que los que le siguen son inocentes en su ingenuidad, pero eso no cambiará el resultado si van en nuestra contra.

—Que es exactamente lo que están planeando —dijo Dionisio, muy a nuestro pesar—. La otra noche, me aseguré de que a varios mestizos que estaban con Lucian les aprovisionaran bien de whisky y envié a algunas de mis... chicas. He podido saber que planean algo contra el Covenant de Nueva York, pero están esperando a Seth y a su pequeña novia.

Podría haberme partido todos los dientes de lo fuerte que los estaba apretando. Marcus se inclinó hacia adelante y juntó las manos.

—Lo que no entiendo es cómo ninguno de vosotros puede derrotar a Lucian.

—No podemos acercarnos a él. Siempre va acompañado del Primero. —Dionisio se encogió de hombros—. Así que nosotros no podemos hacerle daño a él, pero él

puede hacernos daño a nosotros.

—Algunos moratones —dije—. Sin estar a plena potencia no puede mataros.

Dionisio levantó las cejas.

—Pero mató a las furias de Tánatos.

—Drenándole a Álex toda su energía —argumenté—. Sin tenerla cerca, no puede aprovecharse de ello.

—No vamos a arriesgarnos. —Apolo se inclinó contra la silla—. Puede dejarnos fuera de combate. Y si debilita a uno de nosotros, lo estaremos todos.

—La familia que...

—Pues eso —dijo Apolo cortando a Dionisio—. Por lo que ha averiguado, están planeando asaltar los Covenants. Y no podemos permitirlo.

—¿Y cuál es el plan del Olimpo? —preguntó Marcus. Parecía que los hombros le pesaban, como si estuviese cargando con todo el peso de este conflicto.

—¿Ves? Ahí está el asunto. —La palabra «asunto» salida de la boca de Dionisio me sonó como sucia—. Tenemos la intención de ir a la guerra, pero hay algunos desacuerdos entre los líderes.

—¿Qué tipo de desacuerdos? —Me froté la sien, haciendo fuerza contra un dolor sordo provocado sin duda por la falta de comida.

—Seis quieren acabar con el problema —dijo Dionisio como si nada, como si estuviese contando dónde se había comprado esa camiseta tan extravagante.

—¿Ir a por Lucian y los que le apoyan? —preguntó Solos—. ¿Llevarse por delante a todos los que puedan?

Apolo asintió con la cabeza.

—El resto pensamos que sigue habiendo esperanza de evitar una guerra a gran escala, porque si vamos a la guerra, lo que pasó con los Titanes no será nada en comparación. El recuento de bajas incluirá a mortales, posiblemente millones de ellos. No hay forma de evitarlo.

Sigue habiendo esperanza. Esas tres palabras me recordaron a Álex recostada contra mi pecho, hablando sobre Seth, hacía tan solo unas pocas semanas. Tenía esperanzas en él, hasta el momento en que se conectó con ella.

—Sin mencionar el riesgo de mostrarse ante los mortales —añadió Marcus—. Dioses, esto es...

No había palabras para describirlo.

Entonces caí en ello. Ninguno de nosotros, ni siquiera los dos dioses, habíamos previsto esto hacía un año. Las profecías no predijeron que el mundo estaría al borde de una guerra como nunca antes se había visto, una guerra que podría destruir este mundo.

—Algunos creemos que la guerra se puede evitar —continuó Apolo—, pero los otros lo dudan, sobre todo teniendo en cuenta los últimos acontecimientos.

—Álex —dije en voz baja, acostumbrado ya a la punzada que me atravesaba el pecho.

Dionisio se puso de pie.

—Muchos estaban dispuestos a quedarse al margen, incluso después de lo que el Primero le hizo al Consejo de Carolina del norte. Solo Poseidón y Hades respondieron rápidamente, pero ahora que ella se ha conectado, no tienen ninguna esperanza. Y están buscando...

Un malestar comenzó a moverse en mi interior y se extendió por todo mi cuerpo como la maleza.

—¿Buscando qué?

Con un suspiro, Apolo dijo:

—Una forma de matar a los Apollyons.

Capítulo 3

He entrenado mucho para mantener mi expresión en blanco y controlar mi genio, pero la ira me desgarraba por dentro, acabando con mi autocontrol. Me costó lo mío no salir de la habitación y bajar a velar por Álex.

Solos me miró y se aclaró la garganta.

—Pensaba que solo los Apollyons podían matarse el uno al otro.

Cerré los puños cuando Apolo se giró hacia mí.

—Tú lo sabes.

Ahora Solos y Marcus me miraban fijamente. Me entraron ganas de atravesar la pared de un puñetazo.

—La orden de Tánatos mató a Solaris y al Primero. De alguna manera saben cómo hacerlo, ¿así que por qué no iban a saberlo también los dioses?

Dionisio se rio.

—Tánatos le dio a la Orden esa capacidad, un código o algo así, pero ni siquiera Tánatos se acuerda. Se suponía que nunca iba a haber dos Apollyons, que nunca existiría esa posibilidad del Asesino de Dioses. Como pensaba que no lo iba a volver a necesitar, el muy idiota no lo anotó.

¿Debería sentirme mal por estar aliviado?

—La Orden lo sabe, pero tras la muerte de Telly se han dispersado. Por no mencionar que algunos de los centinelas bajo las órdenes de Lucian ya no cazan daimons. —Apolo hizo una pausa y miró hacia la puerta—. Han empezado a cazar miembros de la Orden.

—Por todos los dioses... —Marcus fue hacia la ventana. Se paró y se pasó los dedos por el pelo—. Pues no sé qué es peor.

Tuve la extraña impresión de que aún había algo más. Después de dirigirle a Apolo unas cuantas pullas más, Dionisio desapareció, y con él parte de la tensión que se sentía en la sala.

—¿Está de nuestro lado? —pregunté.

Apolo soltó una risa seca.

—Sí, pero no porque sienta lo mismo que nosotros. Es solo porque es demasiado vago como para meterse en una guerra.

Bueno, por lo menos eso era bueno para algo. Suspiré.

—Hay más, ¿verdad? Y tiene que ver con Álex.

—Sí. —Volvió a mirar hacia la puerta, entrecerrando los ojos. Se giró hacia mí y asintió. El mensaje estaba claro, era la misma mirada que nos habíamos lanzado tantas veces durante los años en que era conocido como Leon. Teníamos espías. Cerré los puños y me dirigí silenciosamente hacia la puerta mientras Solos seguía preguntándole a Apolo sobre los Centinelas que estaban dando caza a la Orden.

Dos sombras estrechas se deslizaban por la pared del pasillo. Seguro que pensaban que eran tan sigilosos como James Bond. Pero eran más como El Gordo y el Flaco. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí fuera? ¿Iba a tener que estrangularlos a los dos? Seguramente. Salí.

Deacon dio un salto hacia atrás y chocó contra Luke, que estaba igual de desprevenido. Uno podría pensar que Luke, habiendo entrenado tanto, se habría recuperado más rápidamente, pero ahora las cosas eran diferentes. El Covenant no había entrenado a los estudiantes para enfrentarse a lo que se nos venía encima.

Mi hermano me miró avergonzado, se puso recto y se pasó la mano por su maraña de rizos rubios. En vez de estar enfadado por haberle pillado escuchando a escondidas, me alivió saber que estaba conmigo ahora que todo parecía derrumbarse a nuestro alrededor.

—Hola, hermano... —dijo.

Levanté una ceja.

—Deacon, ¿qué estáis haciendo aquí?

Luke se enderezó y se puso delante de Deacon.

—Ha sido idea mía, Aiden.

—La verdad es que no. —Deacon miró hacia el techo—. Sentí la presencia de otro Dios y se lo dije a Luke...

—Pero yo sugerí intentar averiguar qué estaba pasando. —Luke respiró profundamente—. Nos habéis mantenido al margen de todo esto, y la verdad es que también tiene que ver con nosotros.

—Seguramente sea porque es lo mejor para vosotros —señalé.

Luke meneó la cabeza.

—En serio, ¿teniendo en cuenta lo jodido que está todo ahora mismo? Con la Álex mala encerrada en el sótano y una guerra en ciernes, creo que mantenernos a salvo no debería ser la mayor prioridad. Deberíamos saber lo que está pasando. Podríamos ayudar.

Intenté mostrar mis respetos por el joven mestizo con una sonrisa.

—¿Y cómo podríais ayudar vosotros dos?

—Eso aún no lo hemos pensado —respondió Deacon, apoyándose en la pared—, pero seguro que hay algo. Además creo que Lea nos acabará dando una paliza si tiene que volver a pasar otra tarde entera con nosotros.

Fruncí el ceño.

—¿Dónde está Lea?

La pobre mestiza ya había pasado por demasiadas cosas y la habíamos estado cuidando entre todos. Primero perdió a su padre y a su madrastra en un ataque daimon orquestado por la madre de Álex, y luego Seth mató a su hermana durante el ataque al Consejo. Todas esas muertes estaban relacionadas con Álex.

—Durmiendo —respondió mi hermano. Estiró el cuello para tratar de ver por detrás de mí—. ¿Quién es el dios que ha estado aquí?

No tenía sentido mantenerlo en secreto.

—Dionisio.

—Tío, ¿en serio? —Deacon puso cara de fastidio—. Es mi dios favorito desde siempre.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Murmuró Luke.

A mí tampoco me sorprendió. Aunque Deacon había dejado de beber, se podría decir que era como el alma gemela de Dionisio.

Tenía que decidirme: echarlos de ahí o tratarlos como adultos, siendo que ya casi lo eran. A Luke le quedaban —o le habrían quedado—, unos pocos meses para graduarse. En nada habría estado por ahí cazando daimons, pero parte de mí rechazaba la idea de meter a Deacon en esto, más de lo que ya estaba.

Pero no podía estar cuidando de Deacon el resto de su vida. Igual lo había hecho ya demasiado, lo que podría explicar en parte su comportamiento anterior y por qué no se sentía cómodo al hablarme de su relación con Luke.

Asentí.

—Vamos.

Los dos me miraron como si les hubiera profesado mi amor por Seth, pero en seguida salieron disparados como si les preocupase que pudiera cambiar de opinión. Entré tras ellos al cuarto de estar e hice un gesto de resignación al levantar Apolo una ceja.

—Vale —dijo Apolo, mirando a su alrededor—. Ahora que todos los que importan están en la sala, tenemos algo más de lo que hablar.

Luke sonrió y se puso al lado de Solos. Mi hermano se dirigió hacia la silla más alejada de Apolo. No entendía por qué le tenía tanta manía a Apolo y juro por todos los dioses, que si esos dos habían tenido algo entre ellos, igual me tocaba pegarme con alguien.

—Álex —dijo Marcus, apoyado en el escritorio. Con la mano derecha hizo girar una bola del mundo.

Apolo hizo una mueca. Supe que no venía nada bueno.

—La única esperanza que tenemos de evitar una guerra a gran escala es si Álex... vuelve en sí y acepta acabar con Seth.

En el pasado, Álex nunca habría accedido, ¿pero ahora? Si pudiésemos acercarnos a ella y romper su vínculo, ¿acabaría con Seth? ¿Acaso yo quería que lo hiciera? Podría acabar herida... o muerta. Como centinela, debía aceptar esos riesgos, pero como hombre, no podía hacerlo si tenía que ver con Álex.

—Hemos encontrado la forma de romper el vínculo... temporalmente —continuó Apolo. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Ahora tenía el iris azul. Tuve que apartar la mirada porque me recordó lo mucho que Álex odiaba sus ojos de dios, y cómo Apolo siempre los cambiaba de color por ella—. Nos dará algo de tiempo hasta que encontremos una solución permanente.

Todo giraba alrededor de lo que Apolo acababa de decir. Romper temporalmente

la conexión que tenían era mejor que nada. No podía evitar las ganas de saberlo todo.

—¿En qué consiste ese apaño temporal?

—No te va a gustar, a ninguno os va a gustar, pero en este momento es la única opción que tenemos.

Cerré los puños.

—Va, dinos. ¿Cuál es la solución?

Apolo arrugó la frente. Estaba bastante seguro de que si no llega a ser por la amistad que habíamos cultivado durante nuestras cacerías, ya me habría soltado un rayo.

—He hablado con Ananké...

—No —dijo Marcus, antes de que me diese tiempo a abrir la boca. Se apartó del escritorio—. Solo hay una razón por la que habrías hablado con Ananké, y la respuesta es no.

El dios cruzó los brazos y por la forma en que se endurecieron sus rasgos, supuse que no estaba acostumbrado a que le dijese que no.

—Sé que solo pensarlo es desagradable.

Una ráfaga de ira me revolvió por dentro.

—*Desagradable* no es la palabra que yo usaría —grité con fuerza.

—Vale, no lo pillo. —Deacon se apartó un mechón de pelo de los ojos y arrugó la frente—. No voy muy bien en Mitos y Leyendas. ¿Quién diablos es Ananké?

El cariño con que le habló Luke le borró la sonrisa.

—Además de ser la madre de las Moiras y del destino, es la que manda sobre las compulsiones y todas las formas de esclavitud y cautiverio.

—Nuestro poder de usar compulsiones es gracias a Ananké —explicó Marcus, entrecerrando los ojos—. Es una diosa poco conocida, prácticamente olvidada.

—Excepto porque ella es la que inventó el Elixir que mantiene a los mestizos como dóciles sirvientes. —Solos tensó la mandíbula.

Deacon miró a Apolo y arrugó la nariz.

—¿Entonces para qué te pones en contacto con una diosa que...? —Abrió la boca de par en par—. Oh. Mierda. Quieres darle el Elixir a Álex.

Crucé los brazos para evitar darle un golpe a algo.

—No, Apolo. Rotundamente no.

—No sé ni qué hacemos discutiendo esto. —Solos rodeó el sofá, evitando pasar cerca de mí, con razón. En esos momentos era como un géiser a punto de explotar. Se puso al lado de Marcus—. El Elixir no funciona con el Apollyon, ¿verdad?

—No el que le damos a los mestizos, pero a Álex le daríamos algo distinto. —Apolo hizo una pausa—. Le daríamos algo más fuerte. Ananké me ha asegurado que rompería el vínculo y que los efectos serán solo temporales. No es lo mismo que se les hace a los demás.

—¿Ah no? Porque a mí sí que me lo parece. —La idea de darle a Álex el Elixir me ponía malo y me estaba cabreando—. No puedo hacerlo.

Apolo abrió la boca, tratando de encontrar qué decir.

—Tenemos que romper el vínculo, Aiden. En algún momento, Álex descubrirá dónde está. ¿Y entonces qué? Seth vendrá a por ella y le pasará toda su energía. Entonces todo se habrá acabado. No tenemos una segunda oportunidad.

—¡Tiene que haber otra manera! —Me puse fuera de control. En ese momento me faltó casi nada para descubrir si era capaz de tumbar a un dios. Lo único que me detuvo fue que sabía que Apolo intentaba ayudarnos; intentaba ayudar a Álex. No dudaba que el dios se preocupaba por ella—. Creo que no hemos buscado suficiente. No hemos comprobado todos los recursos posibles.

—¿Dónde más podemos buscar, Aiden? —Apolo me miró con los ojos bien abiertos—. He puesto el Olimpo patas arriba buscando la forma de romper su vínculo. Lo único que hay es el Elixir y...

—No. —Me mantuve firme.

Apolo miró a su alrededor, buscando ayuda. Solos dio un paso atrás levantando las manos.

—A mí no me mires, quiero seguir de una pieza, gracias.

Sonreí.

Luchando por conservar la paciencia, Apolo se puso a andar por la sala.

—Es solo una solución temporal, Aiden.

—¡Pues es una solución inaceptable! —Grité tan fuerte que hasta Deacon dio un brinco. Le había tocado sufrir mis enfados una y otra vez, pero la expresión de inmensa sorpresa que tenía ahora mismo me dijo que nunca antes me había visto así. Lo que sentía por Álex, si es que alguien en la sala aún tenía dudas, se notaba ahora a la legua—. ¡Nos estás pidiendo que aceptemos quitarle todo lo que es! Convertirla en un zombi estúpido sin control... —Paré a tomar aire. Ese era el mayor miedo de Álex. Era lo que la despertaba por las noches, lo que la perseguía como un fantasma vengativo—. No tendría ningún control sobre sí misma.

—Ahora mismo no lo tiene —insistió una dulce voz de mujer.

Me di la vuelta. Lea estaba parada en la puerta, tan alta y delgada como su hermana mayor. Tenía el pelo color canela sujeto en una coleta. Sus ojos estaban rodeados de una sombra oscura y estaba demacrada.

—No lo entiendes —le dije.

Entró en la habitación, mirando primero a Apolo y luego al resto.

—No la he visto, pero la he oído. Todos la hemos oído. Los dioses saben que nunca hemos sido amigas, pero Álex nunca habría dicho todas esas cosas que la he oído gritar. Esa no es ella.

Apreté los labios, me di la vuelta y sacudí la cabeza. Lea tenía parte de razón. Lo que había ahí abajo, en el sótano, no era Álex, no era la chica a la que amaba con todo mi ser. Y no tenía control sobre sí misma.

Pero el Elixir... Eso era distinto.

Lea se sentó junto a Deacon y se puso las manos sobre el regazo.

—La idea de usar el Elixir parece mala en todos los sentidos, ¿pero qué opciones tenemos? No podemos tenerla ahí abajo para siempre.

—No está comiendo nada —murmuró Marcus. Se frotó la frente, tenso—. Ni si quiera estoy seguro de que esté durmiendo o de si... se está comunicando con Seth, y es eso lo que la mantiene despierta.

Me lo quedé mirando.

—Marcus, tú sabes el miedo que tenía de que le dieran el Elixir.

Apartó la mirada, incapaz de mirarme a los ojos.

—Lo sé, Aiden. Joder, claro que lo sé, pero hay que ceder en algún punto. Aunque odio la idea de hacerle esto, es lo único que puede darnos más tiempo.

Me negaba a creer que fuera nuestra última opción y busqué ansioso alguna otra forma, agarrándome a lo que pude, por doloroso que fuese.

—¿Y qué pasa con las Moiras? ¿Puedes ir a verlas y saber cuál será el resultado? ¿Si será capaz de romper el vínculo por sí misma? ¿O si hay alguna forma de que lo podamos hacer nosotros?

Apolo meneó la cabeza.

—No le caigo demasiado bien a las Moiras, y aunque lo hiciese y lo supiesen, no nos lo dirían a ninguno. Ya sabes cómo funcionan, Aiden. Ya...

—¡Tú sabes lo que esto le va a hacer! —Rugí, ardiendo de ira.

—Sé lo que esto te va a hacer a ti —dijo en voz baja—. Y sé que la idea de hacerlo te está matando ...

—Para, para. —Estaba que echaba humo—. No voy a dejar que ninguno le hagáis eso. Así que ayudadme...

La amenaza flotó en el aire como un denso humo que los ahogaba a todos. Marcus parecía triste, devastado por todo. Solos estaba pálido, seguramente porque pensaba que Apolo estaba a punto de atravesar la pared conmigo, de un golpe. Lea y Luke miraban hacia el suelo, compungidos. ¿Acaso los dos jóvenes mestizos sentían cierta culpa por admitir que Álex necesitaba el Elixir, sabiendo lo que le haría, lo que eso significaba?

Eran demasiado jóvenes para esto, para toda esta mierda. Y Álex también.

Y yo. Joder.

El único que me miraba era mi hermano. Una tímida sonrisa triste se dibujó en su cara.

—Álex nos daría de leches por pensar en hacerle algo así, pero... creo que lo entendería, Aiden. Creo que entendería el porqué.

Entonces Marcus dio un paso adelante y me puso una mano en el hombro. Traté de no quitarla de un golpe. Y de no pegarle; de no pegarle a algo. Pero él también estaba sufriendo.

—Hay algo más a lo que Álex le tenía miedo. —Habló tan bajo que dudé que alguien más, aparte de Apolo, lo hubiese oído—. Y sabes lo que era.

Claro que sí. Dioses, vaya que si lo sabía.

Álex temía perderse y entregarse al Primero, a Seth. Yo le prometí, le juré que nunca pasaría. Y había pasado. Le había fallado. Esa espina comenzaba a pudrirse en mi interior, pero aceptar darle el Elixir no era mucho mejor. Tan solo sería una forma más de fallarle.

Me aparté de Marcus y me pasé los dedos por el pelo. Nadie habló durante un tiempo. Ese silencio era tan duro como mi amenaza. Al final, todo el mundo empezó a hablar, soltando nuevas ideas. Acabar con Seth era la primera opción de todos, pero era imposible. Llevarnos a Álex más lejos, eso posiblemente atenuaría su vínculo, dándole espacio, dándonos tiempo para buscar más runas, hechizos y oraciones.

Nos esforzábamos todos por salir de esta situación desesperada. Al final Apolo se acercó a mí.

—Tenemos que hablar en privado.

Quería que se marchase, pero asentí, y salimos hacia la cocina. Iba dando pasos rápidos.

—No vas a poder convencerme de que darle a Álex una versión aumentada del Elixir es lo correcto.

Cerró la puerta con el dorso de la mano antes de hablar.

—Sé lo fuerte que es lo que sientes por ella.

Le miré fijamente.

—La amo. No lo entiendes.

—Sí, claro que lo entiendo. Te olvidas de que estuve a tu lado cuando diste caza a Eric. He visto cosas que nadie sabe, lo mucho que te afectó lo que le había pasado a Álex. Y sé lo que le hiciste a ese daimon.

Apreté la mandíbula y aparté la mirada.

—Se lo merecía.

—Eso no lo discuto.

No me sentía especialmente orgulloso de lo que le había hecho a Eric. La palabra «tortura» era demasiado suave para nombrar lo que le hice. Me costaba tragar aire.

—¿Dónde quieres llegar, Apolo?

Ladeó la cabeza.

—Este amor que sientes por Álex es admirable, pero ya lo he visto antes. Ha arruinado civilizaciones enteras. ¿Te recuerdo lo que pasó con Troya?

—¿Me estás dando una clase de historia?

Le brillaban los ojos.

—Vale. Correremos un tupido velo entonces, Aiden.

—Pues vale.

—No he sido totalmente abierto con la información que tengo —dijo tras unos segundos.

Reí sin gracia.

—¿Por qué será que no me sorprende? Has sido todo un manantial de sinceridad.

Apolo no hizo caso.

—Desde que Zeus creó al Apollyon hace miles de años, el Primero ha sido siempre mi descendiente.

—¿Qué? —No lo entendía—. Artemisa dijo que Álex descendía de ti.

—Y así es. —Se puso junto a la estantería del vino y descorchó una botella—. Durante la historia, el Apollyon siempre ha descendido de mí. Hasta el día de hoy no sé de quién descendía Solaris, y me pasa lo mismo con Seth. Pero esta vez... es que esta vez, es diferente. —Hizo una pausa y se llenó una copa—. Seth es el primero, pero no es uno de los míos. No sé cómo, pero otro dios es responsable de ello. Y apostaría mi corona de laurel a que este mismo dios fue también el responsable de Solaris.

Me ofreció un trago que rechacé con un gesto.

—¿Estás diciendo que Álex debería haber sido el Primero y que Seth ha sido pura casualidad?

Apolo se encogió de hombros.

—No lo sé. Y ningún otro dios se ha hecho responsable de él.

—Ya, obviamente —dije.

Sonrió mientras volvía a poner la botella en su sitio y dio un trago.

—Esa no es la cuestión, Aiden. Quienquiera que sea el responsable de Seth, no lo admite porque tiene sus propias razones, las mismas por las que Lucian conoce los hechizos que me pueden mantener alejado de su casa.

—¿Crees que hay un dios trabajando con Lucian? ¿El mismo del que desciende Seth?

—Es bastante probable —dijo acabándose la copa de vino—, pero hay otra razón por la que ese dios no ha dicho nada. Porque él o ella sabe que hay otra manera de matar al Apollyon.

Me quedé helado.

—¿A qué te refieres, Apolo?

—El dios ligado a ellos puede matarles. Yo puedo matar a Álex.

Capítulo 4

Sentí como si el suelo se moviese bajo mis pies, y las paredes comenzaron a oscurecerse. Me costó unos segundos darme cuenta de que estaba andando, apartándome de Apolo y del bombazo que acababa de soltar.

Él, por supuesto, me seguía.

—Aiden, ¿dónde vas?

Me dirigía hacia el sótano. Tenía que ponerme entre Álex y... cualquiera que viniese a por ella.

Apolo se puso delante de mí, bloqueándome el paso. Di un paso a un lado, pero él me imitó.

—Aiden, escúchame.

—Ya he oído suficiente.

—No es una amenaza, amigo, pero si trata de conectarse con el Primero, tendré que acabar con ella. Debo hacerlo... —Me cogió el puño y me empujó hacia atrás—. El mundo entero depende de que no vayamos a la guerra.

Di un paso hacia él, sin pensarlo dos veces, y me volvió a echar hacia atrás. Una y otra vez. El dolor me atenazaba. ¿Era dolor físico? ¿O psicológico? No sabría decirlo.

—¿La matarías?

—No me gustaría tener que hacerlo. —Sus ojos azules brillaron—. Y por eso estoy haciendo todo lo posible por evitarlo. Darle el Elixir nos da tiempo, Aiden. Y eso es lo que necesitamos. Necesito tiempo porque tengo a seis miembros de mi familia listos para acabar con el mundo mortal. No puedo quedarme aquí esperando a que Álex logre una forma de escapar o que Seth descubra cómo conectar con ella.

—Nadie te ha pedido que estés aquí, Apolo. Lo tengo controlado.

Me lanzó una mirada desconfiada.

—No lo entiendes. Los dioses saben que no pueden matarla, pero eso no significa que no vayan a intentarlo. Y aunque no puedan matarla, le harán daño.

Apoyándome contra la pared, me llevé las manos a las sienes y apreté con fuerza. Solo quería bajar al sótano, coger a Álex y llevármela lejos de todo esto.

—Me estás pidiendo demasiado.

Apolo suspiró.

—Tienes que apartarte un poco de esto, Aiden. Míralo desde la perspectiva de un Centinela, tal y como fuiste entrenado.

Levanté la cabeza y le clavé la mirada.

—¿Ahora me pides que sea objetivo?

Soltó una breve risa.

—Sí, ya sé que no soy el Dios más objetivo, pero tienes un trabajo, Aiden. El trabajo de proteger a la humanidad, y proteger a los Hematoi. Ese es tu deber. Y sabes

lo que es correcto en este caso.

—¿Así que tengo que elegir entre mi deber como Centinela y mi deber como hombre? ¿Por Álex?

—Sí y no. Tienes que elegir ambos. —Apolo se apoyó contra la pared. A pesar de mis casi dos metros de altura, me sacaba un buen trozo—. Marcus tiene razón. Sea o no el Apollyon, no le puede quedar mucho en estas condiciones. ¿Sin comer? ¿Sin dormir? ¿Acaso ha bebido algo de agua?

Cerré los ojos.

—Dos veces. Bebió dos veces cuando pensaba que no la estaba mirando.

Soltó una maldición.

—Necesita descansar. Necesita tomarse un respiro, Aiden. Y nosotros necesitamos tiempo para ver cómo acabar con todo esto.

—¿Y si no qué? ¿Vas a matarla?

Apolo no respondió.

—Dioses. —Me quedé unos momentos escuchando las pisadas de los Centinelas en el piso de arriba—. ¿Quién sabe lo que puedes hacer?

—Solo mi hermana Artemisa y seguramente Zeus, si es que ha estado prestando algo de atención, que eso está por ver —dijo—. He logrado hacer que los seis acepten que si le damos a Álex el Elixir se calmarán. No es solo por ella, Aiden. Son millones de personas.

Asentí, me aparté de la pared y traté de recomponerme. El deber y el amor nunca se habían llevado bien, pero siempre había algo intermedio.

—Necesito tiempo.

—Aiden, no tenemos tiempo.

—No te pido días. Solo te pido hasta esta noche. —Empecé a andar hacia el sótano y me paré—. Necesito intentarlo una vez más.

—No puedo culparte. —Sonrió—. Te doy esta noche de plazo. Así que volveré mañana por la mañana.

Asentí de nuevo y abrí la puerta. Miré atrás, pero Apolo ya se había ido. Estaba solo. Solo con esa decisión que nunca me perdonaría si la tomaba.



Álex estaba tumbada en el colchón, encogida de lado, de espaldas a la puerta. No empezó a exigir que la dejara salir ni empezó a insultarme como había hecho estos últimos días. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba ahí.

Quizá estuviese durmiendo, pero el corazón se me aceleró y me apresuré a sacar las llaves del bolsillo, acercando una de ellas hacia la puerta.

—¿Álex?

Nada. No movió ni un músculo.

Con suerte, solo estaría durmiendo, pero al abrir la cerradura me temblaban las manos. Me metí dentro y cerré la puerta con llave. La llamé de nuevo mientras me volvía a guardar la llave en el bolsillo. No hubo respuesta, y a estas alturas Álex ya habría saltado encima de mí como un daimon buscando éter.

Algo iba mal.

Corrí a su lado y me puse de rodillas sobre el borde del colchón. Una maraña de pelo le cubría la cara. Con el pulso a mil, le puse una mano sobre el hombro.

—Álex, ¿estás...?

Se puso de espaldas rápidamente y me estampó los pies contra el estómago. Todo el aire de los pulmones se me escapó con un ruido ronco. Caí de espaldas, pero me recompuse antes de que se pudiese poner en pie.

Mierda. Debí haberme imaginado que era como un daimon fingiendo.

Haciendo un ruido casi salvaje, se tiró sobre mí de rodillas. Me giré hacia un lado para esquivarla. Pude haberla cogido de las piernas, pero no quería hacerle daño. Cayó al suelo a mi lado y puso una pierna encima de la mía, atrapándola entre sus muslos.

Levanté las cejas.

—¿Qué haces?

—Cállate —siseó, mientras me agarraba una mano.

—En serio, si querías cogermelo de la mano y hacerme unos mimos, no tenías más que pedirlo.

Se puso roja de furia y se sentó a horcajadas sobre mis piernas. En silencio y frunciendo el ceño, intentó meterme la mano en el bolsillo.

Le agarré la muñeca.

—Caray, Álex, normalmente me encanta que me toquetees, pero déjalo.

Hizo una mueca y trató de soltarse el brazo.

—No sabía que eras tan perverso.

Sonreí, tenso. Giré el otro brazo que me quedaba libre y le agarré la mano antes de que intentara pegarme en la garganta.

—Sabes exactamente cómo soy.

—No me lo recuerdes. —Usando su peso y las fuerzas que aún le quedaban, se logró soltar. Se puso de pie y cerró los puños.

—Sácame de aquí, Aiden.

Me puse de pie.

—Ni lo pienses.

Álex dio un paso al frente, y yo uno atrás.

—Dame la llave. Tengo que irme. Tengo que irme con él.

Me dolió escucharla decir eso.

—Lo que tienes que hacer es escucharme.

Rápidamente, tomó aire y lanzó la mirada hacia las puertas cerradas. Movié el pie izquierdo apenas un par de centímetros hacia atrás, tal y como le había enseñado yo

mismo, apoyó su peso sobre la pierna y giró.

La patada fue increíblemente perfecta, con la rodilla doblada en ángulo de noventa grados para lograr mayor fuerza al extenderla, pero me la esperaba. Con el antebrazo bloqueé la patada y usé ese impulso para lanzarla contra el suelo, farfullando de dolor.

Álex era increíblemente rápida cuando quería, y lo era aún más siendo Apollyon. Se dio la vuelta y me lanzó el codo, y luego la palma de la mano. Luego se agachó para ir a por mis piernas, maniobras que habíamos ensayado juntos cientos de veces. Luchar entre nosotros era como luchar contra nosotros mismos.

Vaticinando una patada mariposa, me puse detrás de ella rápidamente. Giró sobre sí misma, lanzando el brazo. Sentí el aire rozándome la mandíbula al esquivarla, y la agarré por la cintura. Apoyé su espalda contra mi pecho y eché la cabeza hacia atrás para evitar un cabezazo suyo.

—¡Suéltame! —chilló mientras se movía como una loca. Era un chillido agudo, como si le estuviese haciendo daño, pero sabía que no era así—. ¡Que me sueltes!

—Álex, tienes que escucharme. —Razonar con ella seguramente rozaba la locura, pero tenía que darle la oportunidad de librarse de esto—. Si no rompes tu conexión con Seth, no te gustará lo que va a pasar.

—¡A ti sí que no te va a gustar lo que va a pasar! —Eché todo su peso hacia atrás, levantando las piernas contra el pecho, pero la sujeté sin problemas—. Porque voy a hacerte daño en cuanto salga de aquí. ¡Y el primero al que voy a visitar es a tu hermano!

—¡Basta! Escúchame. —Eché la cabeza hacia la izquierda, esquivando de nuevo la suya—. Los dioses van a ir a la guerra por culpa de lo que está haciendo Seth.

—¡Pues vale! Que lo hagan —rio y puso los pies en el suelo—. Los destruiremos a todos. Empezando con ese idiota de Apolo.

Suspiré. Se me estaba acabando la paciencia. Sí, la verdad es que no era tan buenazos como decía Seth.

—No puedes seguir así...

Me clavó el codo en la tripa y se soltó. Di un salto hacia delante, la agarré de la cintura y la tiré sobre el colchón. En vez de eso, debí haberla tirado de cabeza contra el suelo. No es que ella me fuese a tratar con el mismo cariño.

Álex se echó hacia arriba e intentó tirarme, agarrándome la cintura con las piernas. Apreté más fuerte, usando todo mi peso para inmovilizarla. Ella levantó las manos hacia mi cara, como si fueran garras. Le agarré de las muñecas y se las sujeté por encima de la cabeza.

—Mírame —le dije. Me incliné sobre ella, separados por unos pocos centímetros—. Mírame y escucha.

Empezó a girar la cabeza, pero apreté mi frente contra la suya, sujetándola. Cerró los ojos con fuerza, pero eso ya sí que no podía evitarlo.

Respiré profundamente, rogando que me entendiese, solo por una vez...

—Esta no eres tú, Álex. Tú nunca actuarías así. Esta no eres tú.

—¡Claro que sí! —Su voz se inundó de dolor y se arqueó de nuevo. Estuvo a punto de tirarme—. Solo estás enfadado porque ya no te quiero. Estás celoso y obsesionado.

Ignoré sus palabras.

—Estás dejando que Seth te controle. ¿Te acuerdas de cuánto temías que eso pasase? ¿De lo asustada que estabas por poder perderte en él? ¿Qué ha pasado con eso?

Se quedó quieta, a excepción de su pecho, que se movía agitado por la rabia.

Paseé la mirada por los contornos de su rostro.

—Te juré que no dejaría que eso ocurriese, y sé que te he fallado, pero no pienso rendirme sin más, Álex. Nunca me rendiré por ti.

Apretó los labios con fuerza, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Siempre has sido tan fuerte, tan diferente. Nadie más que tú controlaba tu vida. Nadie decidía por ti. Pero esto... ni siquiera cuestionarte ni luchar contra lo que te está pasando, es de débiles.

Álex abrió los ojos de par en par.

—No soy débil.

—¡Entonces Pruébalo! —Joder, tenía ganas de sacudirla—. Déjalo fuera, aunque solo sea durante unos minutos. Sé que puedes. Sé que has estado trabajando muchos meses en poder bloquearle. Hazlo, Álex, y habla conmigo. Enséñame que no eres débil.

Sus ojos ambarinos brillaron, luminosos y potentes. Eran hermosos, como si un dios hubiese puesto un par de topacios en ellos; pero yo los odiaba. Odiaba lo que significaban, lo que implicaban. Odiaba que a pesar de todo lo que Álex había hecho, a pesar de todo lo que habíamos hecho, acabó conectando con Seth de todas formas y se perdió en apenas unos segundos.

—Sé que puedes hacerlo —le dije—. Sé que tienes esa fuerza, porque es lo que más me gustaba de ti. Sentía un gran amor por ti. Tu fuerza es admirable, es preciosa. Es lo que eres. Y tú no eres esto en lo que te has convertido.

—¿Amor? —repitió la palabra como si no la conociese.

Se me encogió el pecho y las palabras me salieron de la boca sin poder evitarlo. Maldita sea, hasta le supliqué y nunca lo había hecho.

—Por favor, vuelve a mí, Álex. Por favor. Te quiero demasiado como para perderte. Y te quiero demasiado como para dejar que ocurra lo que va a pasar, pero no me dejas otra opción.

Bajó las pestañas, y en un segundo volvió a abrir los ojos. Me quedé sin aliento, demasiado asombrado como para poder sentir o pensar cualquier otra que no fuese el hecho de que sus ojos eran marrones, un marrón cálido como el whisky.

Sus ojos eran marrones.

—Álex...

Tenía la cara pálida y le temblaban los labios.

—Lo siento mucho. Aiden, te qui... —Un grito desgarrador salió de ella, arqueándose sobre el colchón, con los ojos muy abiertos.

Se me paró el corazón.

—¿Álex?

—No puedo... está en todas partes. Me duele. Aiden, por favor... haz que pare, por favor... —Se desplomó, gimiendo y retorciéndose, echando la cabeza hacia atrás y hacia adelante.

Con el corazón en la garganta, empecé a dejar que se incorporase, pero entonces volvió a abrir los ojos y me puse como una furia. Unos ojos dorados me devolvieron la mirada. Casi la tenía. Casi.

Álex se revolvió como una loca bajo mi peso.

La extraña mezcla de emociones que se concentraban en mí, no me habían preparado para esperarme esto. Mis esperanzas acabaron hechas añicos y se convirtieron en una decepción punzante, que finalmente acabó dando paso a la ira. Álex estaba ahí dentro y estaba sufriendo. Solo había podido verla durante cinco segundos y en seguida volvió a ser absorbida por Seth. No sabía si estar feliz o profundamente devastado.

A pesar de la falta de alimento y de sueño, le costó una barbaridad de tiempo cansarse. Se retorció, gritó, pataleó e incluso intentó morderme, pero al final se cansó y acabó jadeando.

—¿Esto te hace feliz? ¿Hacerme daño de esta forma? ¿Te hace sentir poderoso y malo?

—No te estoy haciendo daño. —Abrí los ojos, cansado.

—¡Me estás matando! —Intentó levantarse, pero cayó de nuevo hacia atrás. La muy desgraciada iba a acabar haciéndose daño ella sola.

—Por todos los dioses, Álex, ¿quieres dejar de pelear conmigo por un maldito segundo? —Abrió la boca, pero le puse mi otra mano sobre los labios—. No digas ninguna tontería. No tienes ni idea de la mierda de noche que estoy teniendo.

Entrecerró los ojos.

—En serio. Ni un solo comentario gracioso.

Se quedó muy quieta, y aparté la mano. Se mojó los labios con la punta de la lengua. Sabía que tenía algo preparado para decirme, pero se estaba conteniendo.

—Necesito que vuelvas a intentarlo, Álex. Bloquéalo. Corta la cuerda, esta vez te ayudaré a hacerlo. Te lo juro. Te ayudaré a hacerlo.

Álex se quedó mirándome fijamente durante tanto rato que temí que hubiese olvidado cómo hablar.

—No lo entiendes. No quiero hacerlo. Le necesito, Aiden. No a ti. Un mestizo y un puro no pueden amarse. Deja que me vaya.

Fue como si alguien me hubiese hecho un agujero en el pecho. El dolor era real, tan real como el dolor que había presenciado unos momentos antes.

Aiden, por favor, haz que pare.

Me centré en eso en vez de en lo que acababa de decir. Álex sufría cuando se resistía a él y quién sabe si trataba de luchar en otros tantos momentos que no veíamos. Lo único que sabía era que cuando había sido ella misma, su yo real, me pidió que lo parase, me lo suplicó. Y solo había una forma de hacerlo.

En ese mismo momento supe que, por mucho que me doliese, no había otra opción.

Me incliné hacia ella, le di un beso en la frente y cerré los ojos. Durante un segundo, tan solo un segundo, me empapé de su calor y de ese momento de intimidad sin que luchase contra mí. Después, movió la cabeza hacia un lado y dijo algo demasiado horrible como para recordarlo. Me levanté, me puse de pie y me di la vuelta, saliendo de la celda.

Álex se quedó en el colchón, sin molestarse siquiera en acercarse hasta la puerta cuando la cerré. Yo me quedé ahí de pie, mirándola, sabiendo que lo que iba a hacer no tenía nada que ver con mi deber para con la humanidad o con los míos. No tenía nada que ver con Apolo y sus advertencias.

Aiden, por favor, haz que pare.

Solo había una forma de hacerlo.

Capítulo 5

La mañana siguiente, Apolo, Marcus y yo nos encontramos en la pequeña terraza acristalada, llena de plantas y flores. Ese fuerte aroma me recordó a Álex. Diablos, todo me recordaba a Álex.

Anoche Álex sí que tuvo razón en una cosa. Estaba obsesionado.

Apolo fue al grano.

—¿Estamos de acuerdo?

Miré a Marcus sabiendo que anoche, finalmente, él ya había tomado una decisión. Y yo también. Cansado, me pasé la mano por mi mejilla áspera. Necesitaba un afeitado.

—Aiden —dijo Marcus.

Exhalé con dificultad y entrecerré los ojos. No sabían que anoche, Álex había logrado recuperarse durante unos pocos segundos. El fugaz momento en que pude verla mantenía vivas mis esperanzas, pero visto bajo la luz del día, no estaba seguro de si había ocurrido realmente o si había sido solo una ilusión.

Me aclaré la garganta, repentinamente seca. Me costaba formar las palabras.

—Dadle el Elixir.

Y eso fue todo, lo único necesario.

El silencio reinante fue interrumpido por un sonido como de botellas de champán descorchándose. La habitación pareció quedarse sin aire y me di la vuelta. Un polvo azul brillante comenzó a formarse bajo los rayos del sol. Cada partícula brillaba como un zafiro. Se juntaron rápidamente, como si se atrajesen para formar un todo. En cuestión de segundos, teníamos frente a nosotros a una mujer.

La diosa echó ligeramente la cabeza hacia atrás, envuelta en una túnica de seda azul que se ajustaba a sus curvas. Sus dorados rizos, largos y sueltos, le caían sobre la cintura. Se dirigió hacia Apolo, con una mueca en los labios.

Marcus contuvo el aliento, impresionado por la belleza de la diosa, y yo solo sentía todo el cuerpo entumecido. Hicimos una reverencia.

Me estaba pasando algo, sin duda.

O igual es que estaba demasiado centrado en lo que sostenía en sus delicadas manos, una jarra de porcelana que parecía antigua, grabada con un símbolo odioso. Un círculo atravesado por una raya, la marca de la servidumbre.

—Ananké —dijo Apolo mientras hacía una reverencia ante ella.

Levanté las cejas. Vaya rapidez. Era extraño ver lo atentos que podían estar los dioses cuando querían. En ese mismo momento sentí que la odiaba, pero me obligué a seguir impasible.

Le dio la jarra a Apolo y se giró hacia mí, con una media sonrisa. Entonces, volvió a mirar a Apolo.

—Solo hace falta... un poco. Tendréis que acabar diciendo la compulsión.

Cerré los puños y comencé a darme la vuelta, pero me paré. Había escuchado la compulsión una y otra vez durante muchos años. De hecho ya comenzaba a rondarme la mente. El estómago me dio un vuelco.

La diosa se apartó de Apolo y volvió a ponerse en el centro de la sala.

—Hará efecto en unos pocos minutos. Acabará con todos sus poderes de Apollyon, y así romperá la unión. Ella estará... diferente.

No me gustaba cómo sonaba eso, así que pregunté:

—¿A qué te refieres con *diferente*?

Volvió a poner una media sonrisa.

—Será más fácil lidiar con ella, obedecerá sin más. Ella... básicamente sabrá quién es, pero nada más.

—¿Qué? —Miré a Apolo—. Yo no estaba de acuerdo con eso.

Apolo me miró como diciéndome cállate. Respiré profundamente y me agarré las manos tras la espalda.

—Pido disculpas.

La diosa arqueó una ceja y asintió con la cabeza.

—He añadido Ma-Huang, que afecta a la memoria. Sus recuerdos la vinculan con el Primero. Sin ellos, él simplemente no existe. No es perfecto, pero es lo mejor que podemos hacer dada la situación.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Si Seth no existe para ella, entonces tampoco existiría nadie en quien confiase o que le importase. Ni yo.

—Se cansará fácilmente —continuó Ananké—. Y será muy fácil tratar con ella mientras buscamos alguna solución más permanente.

La solución permanente estaba en esta habitación, Apolo, pero por suerte la mayor parte de los dioses no sabían que él podía acabar con ella.

—¿Cuánto tiempo durará? —preguntó Apolo.

Ananké meneó la cabeza.

—No se sabe. Si hay suerte, quizá unos días, pero sabréis cuándo comienza a irse el efecto. Empezará a estar más agitada y puede que incluso empiece a recordar cosas. Cuando ocurra, necesitará una nueva dosis.

—¿Va a hacerle algún tipo de daño? —Se notaba que Marcus estaba preocupado.

—No. —Empezó a brillar de nuevo, pero su voz seguía cargada de una fría indiferencia—. Pero yo no le daría más de seis dosis. En ese punto los efectos pueden llegar a ser permanentes.

Y desapareció, dejándonos a todos con la boca abierta. Marcus exhaló con fuerza.

—Pues menos mal que lo ha dicho.

—¿Podría llegar a ser permanente? —Levanté una ceja, desafiando a Apolo a que apartase la mirada—. ¿Tú lo sabías?

Entrecerró los ojos.

—Sé lo mismo que vosotros. Por lo menos sabemos que no debemos pasarnos de

seis dosis. Si dura por lo menos cuatro días, entonces tenemos casi un mes.

—Si dura siempre cuatro días —señalé.

Apolo miró la jarra.

—Bueno, pues estamos a punto de comprobarlo.



Bajé las escaleras, tan distante de todo esto como podía. Saber en lo que estaba a punto de participar me estaba matando por dentro. Puede que suene dramático y antes, la verdad es que no pensaba que pudiese pasar, pero ahora lo entendía.

—Es lo mejor —dijo Apolo.

Le miré, pasé a su lado y me quedé quieto frente a la celda. Álex estaba sentada en el colchón, apoyada contra la pared y con las rodillas dobladas contra el pecho. Se quedó mirando tras de mí, donde Apolo estaba esperando en la oscuridad. Por alguna razón, Álex reaccionaba como si fuese una hidra loca cada vez que Apolo se le acercaba.

—¿Al final has entrado en razón y has decidido soltarme? —Una sonrisa de suficiencia torció esos labios que antes me encantaban. Ahora estaban agrietados por la falta de agua. La botella seguía intacta contra la pared.

Abrí la puerta.

—Ya sabes cuál es la respuesta.

Álex se puso de pie, tambaleándose en cuanto se bajó del colchón. Estaba tan pálida como las paredes que la rodeaban.

—Debí haber supuesto que ninguno de vosotros era demasiado inteligente.

Nos metimos en la celda y cerramos la puerta detrás de nosotros. Miré a Álex sin muchas ganas. Cada día estaba más débil, pero era una luchadora nata. Marcus se echó atrás, dejándome a mí que tratase con ella, tal y como habíamos planeado.

Al parecer era mejor que fuese yo quien lo hiciera.

Su inquietante mirada ámbar pasó de mirarme a mí, a lo que Marcus tenía entre sus manos. El líquido que había dentro del cristal era azul oscuro y espeso. Lo reconoció y dio un paso atrás. Me puse a su lado y contuve el aliento.

Como era de esperar, se puso como loca.

Rápidamente, me eché hacia delante y la rodeé con los brazos, sujetándole los suyos contra el cuerpo. Usando mi peso, la eché al suelo con cuidado, como pude, porque no dejaba de retorcerse. Desde detrás, la rodeé con las piernas, engancho las suyas.

Álex estaba atrapada.

—¡No! ¡No! —gritaba sin parar. Cada palabra era como un golpe directo a mi corazón—. ¡No! ¡No!

Con mi mejilla contra la suya, le obligué a echar la cabeza hacia atrás.

—Lo siento, Álex, lo siento mucho.

—¡No podéis hacerme esto! —Intentó mover la cabeza hacia abajo, pero no pudo. Su voz estaba impregnada de odio y poder, en un tono que no era el suyo—. Lo lamentaréis. Todos vosotros. Será la última cosa que hagáis. Os lo prometo.

—Hazlo —le rogué, deseando acabar con esto lo antes posible, mi mirada se cruzó con la de Apolo por encima del hombro de Marcus. Ahora estaba justo al otro lado de la puerta. Incluso él parecía asqueado por lo que estábamos haciendo.

Con una expresión de dolor, Marcus se agachó frente a nosotros y agarró a Álex de la barbilla. Le temblaba la mano al levantar el vaso de Elixir y se puso firme.

—Lo siento, Alexandría. En unos segundos habrá pasado todo.

Como si se hubiese activado un interruptor, de la temblorosa Álex salió una voz que reconocía y temía.

—Por favor no lo hagas —rogó. Unos segundos después, mis mejillas estaban empapadas de sus lágrimas—. Por favor, Marcus, por favor, no me hagas esto.

Marcus dudó.

—¿Álex?

Su cuerpo se estremeció contra el mío.

—Me portaré bien. Te lo prometo. Haré lo que pidas, pero por favor no me des el Elixir.

Inspiré suavemente.

—¿De qué color tiene los ojos?

—Dorados —gruñó.

Agarré sus dos escuálidas muñecas con una mano, le aparté a Marcus la mano, y la sujeté de la barbilla.

—No es ella, de verdad. Hazlo. Por todos los dioses, ¡hazlo sin más!

Álex soltó un gemido, y una parte de mí se quedó vacía para siempre. Le obligué a abrir la boca, magullándole la mandíbula al resistirse de nuevo. Sentí una corriente de energía vibrando a través de mí, sacudiéndome cada pocos segundos. Marcus inclinó el recipiente sobre sus labios y el agobiante aroma dulce del Elixir inundó la celda.

Álex no dejó de luchar, ni siquiera estando el recipiente vacío. No dejaba de gritar, de retorcerse, sacudiendo la cabeza hacia atrás y hacia delante, hasta que comencé a sentir cómo su respiración se volvía más pesada, más lenta.

Marcus dio unos pasos hacia atrás y apartó el vaso. Se limpió las manos en los pantalones, como si de esa forma pudiese borrar lo que le acababa de hacer a su sobrina, algo que había dejado una marca en mi alma.

Y yo nunca podría borrarla, por más que lo intentara.

Miré hacia Marcus y Apolo según sus músculos se soltaban y su cuerpo se relajaba contra el mío. Dejó caer la cabeza sobre mi hombro y hacia un lado, mientras respiraba profundamente; sonando casi como un largo suspiro.

Bajé la mirada hacia ella y volví a ver las marcas. Los diseños intrincados se

extendían por su piel, formando remolinos sobre sus mejillas y bajando por el cuello. Brillaron en azul hasta que toda la habitación acabó inundada por una luz de color zafiro, y luego se desvanecieron. Álex no se movía.

—Tienes que acabarlo —dijo Apolo.

Un día de estos acabaría pegándole a Apolo. Seguramente yo no lograba sobrevivir, pero iba a acabar pasando. Cogí a Álex entre mis brazos, la recosté contra mi pecho y le puse una mano sobre la mejilla.

—Alexandría, abre los ojos.

Sus pestañas aletearon contra sus mejillas pálidas, y finalmente se levantaron. Contuve el aliento. Sus ojos habían cambiado por completo, unos hilos dorados se mezclaban entre el marrón apagado. La conexión se había roto, pero no era Álex la que me miraba con ojos perdidos. Tampoco era Seth.

Era una extraña, una chica joven y asustada que no me reconocía, un cuaderno en blanco perfecto para una compulsión.

Logré aguantar la ira que trataba de escapar de mi pecho y mantuve la mirada fija en sus ojos.

—*Το όνομά σας είναι Alexandria.* (Te llamas Alexandria).

Ella parpadeó lentamente.

El dolor se abrió paso en mi pecho.

—*Το όνομά μου είναι Aiden...* —Me ardía la garganta y sentía que las palabras se me atragantaban. Los ojos se me comenzaron a humedecer, nublando la cara de Álex. No puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Las palabras salieron despedidas de mi boca.

—*Το όνομά μου είναι Aiden και είμαι ο Δάσκαλός σας.* (Mi nombre es Aiden y soy tu amo, tu Maestro).

—*Θα υπακούσει μου κάθε επιθυμία, την επιθυμία, και την εντολή σε θάνατο.* (Obedecerás todos mis deseos, caprichos y órdenes hasta la muerte. O hasta que el Elixir pierda eficacia).

Interiorizó las palabras con cada respiración, se relajó un poco más y se convirtió en ellas. Vi cómo sus ojos se apagaban aún más. Le solté las manos, que cayeron sobre su regazo.

—¿Cómo te llamas? —Le pregunté con la voz ronca.

—Alexandría —repitió con voz suave. Nunca había oído a Álex hablar así en la vida real.

—¿Y yo quién soy?

—Aiden. —Sonrió y me sobresalté—. Eres mi amo.

Capítulo 6

Lo primero que hicimos fue intentar que comiese, pero no era fácil. Me llevé a Álex arriba y la senté a la mesa. Durante todo el tiempo mantuvo los ojos fijos sobre las manos, que mantenía sobre su regazo.

Álex no hablaba a menos que le hablaran directamente, y aun así, no levantaba la mirada. Le puse en frente un plato de embutido y un bol de fruta, además de una lata de refresco con sabor a uva, su favorito.

No se movió.

Miré a Marcus, que seguía junto a la puerta, asegurándose de que nadie entrara. Apolo desapareció en el mismo instante en que la saqué de la celda. Maldito.

—Tienes que tener hambre, Álex. Hace días que no comes nada.

—Me llamo Alexandría —dijo en un susurro suave.

Parpadeé varias veces y empujé el plato hacia ella.

—¿No tienes hambre, Alexandría?

—¿Tengo hambre?

Y entonces caí en la cuenta. Había que hacerlo con casi todos los mestizos que servían, había que ordenarles, había que ordenarles que lo hiciesen todo. Me eché hacia atrás y me apoyé en el respaldo mientras me pasaba la mano por el pelo.

—Por favor come, Alexandría.

Levantó los párpados. Esos ojos extraños se encontraron con los míos por un breve momento y luego se dirigieron hacia el plato de comida. Al principio comía despacio, pero en cuanto se sintió cómoda —o segura con lo que estaba haciendo—, se acabó el plato y casi todo el bol. Dos latas de refresco después, jugueteó con un mechón de pelo.

Marcus meneó la cabeza y se dio la vuelta, dejándonos. ¿Se arrepentía de todas esas veces que había deseado que Álex fuese más manejable? Lo gracioso es que, aun cuando en el pasado le pedía que no hiciese algo, en secreto me encantaba que no me hiciese caso casi nunca.

Me levanté y me sorprendió que ella se pusiese de pie automáticamente.

—Voy a enseñarte tu cuarto y si quieres puedes darte una ducha. —Me mordí la mejilla por dentro cuando la vi bajar los párpados. A intentarlo de nuevo—. Vas a lavarte y luego a descansar.

—Vale. —Levantó la mirada. Sus ojos recorrieron toda mi cara—. Yo...

—¿Qué? —Di un paso al frente.

Álex retrocedió y se puso detrás de la silla, como si fuese una especie de escudo. Meneó la cabeza. Le di unos instantes para que volviese a hablar, pero se había quedado en silencio. Quería tocarla, consolarla, pero tenía la sensación de que eso la molestaría.

La llevé hacia el dormitorio que me había quedado yo. Había una habitación más pequeña que se comunicaba con la mía a través de un baño compartido. Dejarla en ese cuarto me permitía estar pendiente de ella.

Al menos eso era lo que me decía a mí mismo mientras le enseñaba la ducha y le dejaba un par de toallas y un albornoz sobre el lavabo. No tenía nada que ver con el hecho de que la quisiese tener cerca.

Bueno, no podía engañar a nadie.

Al principio pensaba que iba a tener que quitarle la ropa y dioses, no habría forma de hacer eso y no... bueno, no pensar ni sentir lo que sentiría. Entonces agarró el borde de su sudadera y comenzó a quitársela. Tuve que obligarme a salir del baño. Joder, Saint Delphi.

Cerré la puerta a mis espaldas, me apoyé contra ella y cerré los ojos. Abrió el agua y me aparté de la puerta, crucé la habitación y me senté en el borde de la cama. Un fuerte cansancio se apoderó de todo mi cuerpo. Quizás ahora podría dormir, al menos algo más que unas pocas horas.

Un pequeño alivio, minúsculo, recorrió mi cuerpo. Álex caminaba tranquila, sin intentar matar a nadie, ya desconectada de Seth. Parecía algo que celebrar ¿no? Pues no. Eso que iba caminando por ahí, en realidad no era Álex. No podría estar tan mansa ni aun queriendo.

Quince minutos después, la puerta se abrió lentamente. Álex, ya mucho más limpia, se asomó por la puerta agarrando el cuello de la bata, con la mirada baja. Entró al dormitorio, paso a paso, un pie después del otro.

—Ya he terminado.

Me quedé quieto, mirándola, transportado al pasado hasta el día en que la llevé de vuelta al Covenant y vi lo que había bajo toda la mugre que la cubría, la misma sensación que ahora me atenazaba.

Álex estaba guapa —perfecta—, o eso me parecía a mí.

Levantó los párpados. Nuestras miradas se encontraron y un dulce rubor comenzó a aflorar en sus mejillas. Mi mirada viajó hacia sus labios entreabiertos y creció en mí un hambre de otro tipo. Sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, crucé el cuarto hacia ella, con las manos extendidas.

Álex salió disparada hacia atrás, con los nudillos blancos. En su cara se vio perfectamente reflejada una profunda confusión. Se mordió el labio inferior, movida por la ansiedad, mientras me miraba fijamente.

Me paré de golpe y aparté las manos. ¿En qué estaba pensando? Ella me... me tenía miedo, tenía miedo de su Maestro. Maldije.

Ella dio un salto, con los ojos de par en par.

Nunca me había odiado tanto a mí mismo. Contuve mis emociones y le di espacio.

—Quédate aquí. Voy a buscarte algo de ropa.

—Sí, Ma...

—No me llames así. —Lo dije en un tono más duro de lo que quería, y traté de suavizarlo—. Llámame Aiden. ¿Vale?

Álex asintió con la cabeza.

Me aparté de ella y, de camino hacia la puerta, miré por encima del hombro. Arrugué la frente. Estaba quieta en el mismo punto, agarrando la bata con las manos y la mirada fija en el suelo. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Y entonces lo entendí. Le había dicho que se quedase ahí. Y ahí estaba.

—Álex...

—Me llamo Alexandría.

—Vale —suspiré y me fui acercando a ella con cuidado. Cuando supe seguro que se había dado cuenta de que estaba a su lado, le cogí del codo.

—No tienes por qué estar aquí quieta. Puedes hacer lo que quieras, Álex, Alexandría. Dormir. O ver la tele. —Moví la cabeza hacia la pantalla que había en una esquina y la fui llevando hacia la cama—. Puedes hacer lo que quieras. ¿Vale?

Álex se sentó, asintió y me miró.

—Vas a volver, ¿verdad?

—Por supuesto —le aseguré. Se puso a mirar a su alrededor, poniéndose cada vez más nerviosa—. No tardaré mucho. Te lo prometo.

Álex asintió de nuevo.

—Vale, Ma... —Se estremeció—. Vale, Aiden.



No me costó mucho encontrar algo de ropa para ella. Todas sus cosas seguían en la habitación de al lado. Marcus pasó a comprobar que todo iba bien y volvió a desaparecer escaleras abajo. Ahora era Deacon quien asomaba por la puerta.

Mientras recogía la ropa de Álex, miré a mi hermano.

—¿Qué pasa?

Se apoyó sobre el marco de la puerta y cruzó los brazos.

—¿Qué tal ha ido?

—Se resistió, como era de esperar, pero ha funcionado. —Me senté en el brazo de una silla, y bostecé—. No... no está como antes.

—¿Te refieres a que no es la Álex Mala...?

Negué con la cabeza.

—Simplemente... no es... es solo algo temporal. —Deacon apretó los labios.

—¿Tan malo es?

—No he dicho que fuese algo malo.

Arqueó una ceja.

—Te conozco, Aiden. Estás decepcionado por ti, no por Álex. Se te ve en la cara. Te supura por cada uno de tus sucios poros.

Levanté las cejas.

—¿Tan sucio estoy?

—Pues estás un tanto asquerosillo. Igual deberías pensar también en afeitarte, a no ser que vayas buscando ese look de mendigo, con el que no vas a ligar ni de coña.

Me reí y me puse de pie.

—Lo tendré en cuenta.

Sus labios mostraron una sonrisa de verdad, difícil de ver en mi hermano, aunque desapareció rápidamente.

—Va a ponerse bien, ¿verdad? Quiero decir, que alguien acabará encontrando una forma de romper la conexión y dentro de nada volveremos a ver a esa Álex sarcástica-pero-no-homicida ¿no? Alguien tiene que encontrarlo.

Mi buen humor se desvaneció. Una grieta acabó rompiendo el debilitado muro que había construido a mi alrededor.

—Dioses, eso espero, Deacon. No puedo...

—¿Vivir sin ella?

Me di la vuelta y no respondí, porque no hacía falta.

—¿Ha sido siempre tan obvio?

—¿Honestamente? —Deacon rio—. Sé que sientes algo por ella y ella por ti desde que volviste de Atlanta y me echaste la bronca. Para mí era obvio, pero solo porque te conozco. Es curioso, porque es una mestiza, pero en cierto modo es perfecta para ti, ¿no crees?

Sonreí un poco.

—Sí, yo también lo creo.

Hubo una pausa y luego preguntó.

—Aunque todos nosotros salgamos de esta con vida y los dioses no se pongan en plan Dios-zilla con el mundo y ella vuelva a ser del Team Aiden, ¿cómo vais a lograr vuestro «felices para siempre»?

—Nos iremos. Ese era nuestro plan. Funcionará. Apolo nos lo debe.

—¿No jodas? —Parecía incrédulo, no molesto—. ¿Dejarías de ser Centinela? ¿Huiréis e intentaréis vivir como mortales?

Asentí y le miré. Una profunda tristeza se arremolinó en mi pecho.

—Sí, ese era nuestro plan. Iba a contártelo. Ya se nos ocurriría algo para que tú y...

—Tío, ya sé que harías todo lo posible para que supiese dónde encontrarte —dijo—. Joder, Aiden...

—¿Qué pasa?

—Es solo que... guau, me alegro por ti. Creo que es genial. Es amor, amor de verdad, del que te obliga a hacer sacrificios por él. De ese que te hace gritarles «que te den» a todos los demás. Es para envidiarlo.

Levanté una ceja.

—No estoy muy seguro de que ninguna parte de mi vida sea como para envidiarla

ahora mismo, teniendo en cuenta que Álex piensa que soy su Maestro.

—Oye, sabes, eso podría ser incluso...

—Ni se te ocurra.

—Vale. Vale. Pero todo irá a mejor. —Levantó la mirada hacia mí, encontrándose con la mía—. Lo estás haciendo bien, Aiden. Mejor de lo que lo haría la mayoría en esta... situación.

—Gracias —sonreí y cambié el peso de pierna—. Tú también.

—Lo sé. —Deacon sonrió—. Soy genial.

—Y modesto. —Me detuve frente a él y bajé la cabeza—. En serio, ¿cómo lo llevas?

Se encogió de hombros.

—He pasado por cosas peores, no te preocupes por mí. Ya tienes bastante con lo tuyo.

No preocuparme por Deacon iba en contra de mis impulsos. Me había pasado la última década de mi vida preocupándome por él, quizá un poco demasiado. Agobiándolo en lugar de ayudándolo.

Deacon echó la cabeza hacia atrás, aparentando de repente mucho más de diecisiete años.

—Descansa un poco, aunque primero dúchate. —Apareció una sonrisa fugaz—. Ahora hacemos la guardia nosotros.

Asentí y le cedí el testigo. Me paré en la puerta del baño y me giré de nuevo hacia él.

—¿Deacon?

Se apartó un rizo de la cara.

—¿Sí?

—Sé lo tuyo con Luke y no me importa, siempre y cuando seas feliz. Haz bien las cosas, ya sabes a lo que me refiero.

Abrió la boca de par en par y, por una vez, era yo el que sorprendía a mi hermano y no al revés.



No llegué a entrar en mi habitación. Prefería dejar la ropa de Álex en una estantería y lavarme primero. Después de mirarme largo y tendido en el espejo, tuve que reconocer que parecía estar... sucio. Saqué una maquinilla de afeitar, me duché y me afeité rápidamente. Al fondo de una estantería tenía unos pantalones de pijama limpios, pero sin camiseta. Abrí la puerta del baño, esperando que Álex no se sobresaltara al verme desnudo de cintura para arriba.

Pero me quedé completamente quieto.

Álex estaba tumbada sobre la cubierta de la cama, de lado y encogida, con las

manos bajo la barbilla, como si estuviese rezando. Tenía los labios entreabiertos y rosados. Las piernas le asomaban bajo la bata, y no pude evitar mirarlas. Siempre me habían gustado las piernas de Álex.

Estaba casi dormida.

Puse su ropa sobre la silla que tenía cerca, me puse a su lado y dije su nombre. Ella murmuró algo y yo sentí que algo palpitaba en mi pecho de verdad. Con cuidado, le puse una manta sobre las piernas. O bien el agotamiento o el Elixir habían hecho mella en Álex. Tiré de la cubierta para arroparla un poco más.

Me aparté de la cama, salí de la habitación y recorrí la casa, que estaba en completo silencio. Abajo, en el sótano, había una pequeña habitación que no era más que cuatro paredes. Alguien había colgado un saco de boxeo del techo.

Toda la frustración y la rabia acumuladas llegaron a su límite, y un segundo después mis nudillos chocaron contra el duro cuero desgastado. Me volví loco y, aunque cada golpe me provocaba una punzada de dolor por toda la mano, lo agradecí.

Las horas fueron pasando y yo seguía dando puñetazos y patadas. El sudor me caía a chorros, me picaba en los ojos y en los nudillos raspados. El dolor físico no sirvió para atenuar la angustia que sentía.

En un instante, me vi transportado al verano pasado, cuando vi a Álex haciendo lo mismo tras descubrir la verdad sobre su madre. Me pareció una hermosa fiera al verla luchar de esa forma con el maniquí de entrenamiento. Un remolino de emociones cruzó la sala de entrenamiento y se entremezcló con mis propias emociones contradictorias. Cuando notó mi presencia y nuestras miradas se encontraron, aunque parezca una locura, sentí lo mismo que ella.

Solté un soplido, me detuve y miré hacia la puerta por encima del hombro. No sé por qué esperaba verla ahí de pie. Pero, por supuesto, no había nadie, estaba vacío.

Álex estaba vacía.

Volví arriba, cogí una toalla del baño a oscuras y me limpié un poco. Ya de vuelta en la habitación, miré hacia el enorme sofá que había contra la pared y cogí la fina colcha que había a los pies de la cama. Cada parte de mí rogaba estar cerca de ella, pero me pareció mal. Si se despertaba conmigo al lado, seguramente le molestaría y la confundiría. Y eso era lo último que quería. Me acomodé de lado, extendí la colcha y la miré mientras dormía hasta que el cansancio pudo conmigo.

Capítulo 7

Álex estuvo durmiendo durante casi 24 horas y se despertó unos minutos antes de que me preocupase demasiado. Por la noche fuimos abajo y, entre los dos, limpiamos la nevera. Ella seguía nerviosa y no hacía nada a menos que yo se lo dijera, pero por la mañana ya se había relajado bastante y era casi como estar con una Álex sedada y tranquila.

Fuimos desde la cocina hasta la terraza cubierta y nos quedamos allí. No decía nada a no ser que le preguntase algo. Tras investigar todas las flores y las plantas que había, se sentó en uno de los asientos de la ventana y se quedó ahí, con la mirada fija sobre los tupidos bosques que rodeaban la casa.

Me senté junto a ella, al otro lado del asiento. Me bastaba con estar simplemente ahí, con ella. Quería saber en lo que estaba pensando, pero siempre que le preguntaba me respondía lo mismo.

—Nada —me decía sin apartar los ojos de las paredes acristaladas.

Eso me sentaba como una puñalada, pero era mucho peor cuando se oían pasos por el pasillo o voces y Álex se bloqueaba. Entonces apartaba la mirada del bosque y se quedaba mirando a la puerta. El pánico se reflejaba en sus ojos marrones y ámbar. En un momento dado, Solos entró a la terraza para ver si necesitábamos algo de la ciudad.

El único que no le asustaba era su tío. ¿Sería una especie de vínculo familiar que seguía ahí? Pero aun así, le trataba igual que a mí. Marcus tenía la misma suerte que yo al tratar de tener una conversación con ella. Después de eso, decidí que sería mejor mantenerla al margen del resto de la casa.

Al final, después de estar juntos horas y horas, sus ojos se fijaron en mí. Hice como que no me daba cuenta, pero era consciente de que me estaba mirando.

Álex se movió de repente, más lenta que de normal, y me cogió las manos.

—Tus manos...

Me quedé tan sorprendido de que me estuviese tocando, que no pude ni responder. Como un idiota, seguí ahí sentado mientras me acariciaba los huesos de la mano con los pulgares, parándose junto a mis nudillos en carne viva.

—Estás herido —dijo—. ¿Por qué?

Aparté las manos lo más suavemente que pude.

—No estoy herido. No te preocupes por ello.

Levantó los ojos y me miró a la cara. Asintió con la cabeza y se echó hacia atrás. Se miraba las manos y arrugaba la frente.

Se cansó rápidamente y, antes de las nueve, estaba casi dormida. Logré hacer que comiese algo antes de volver a llevarla arriba. Se quedó inconsciente en cuanto apoyó la cabeza sobre la almohada y yo me retiré al sofá. Al día siguiente repetimos lo

mismo. Era como si tuviésemos un reloj gigante sobre nuestras cabezas, contando los minutos que faltaban para tener que darle otra dosis.

Pasamos la mañana en la terraza, pero la convencí para salir de ahí, sobre todo porque acabaría volviéndome loco si tenía que ver una sola planta más. El salón estaba siempre ocupado por mi hermano, Lea y Luke, pero arriba había otro cuarto de estar lleno de libros. Cogimos una bolsa de patatas y un refresco de uva y la llevé ahí.

Observé cómo se movía por la habitación y buscaba muestras de que se estaba poniendo nerviosa. Se detuvo frente al escritorio, cogió un boli y lo volvió a soltar. Con los dedos, recorrió la tapa de una libreta y se dirigió hacia una de las librerías. Se quedó ahí de pie, con una ceja levantada mientras tocaba el lomo de cada uno de los libros.

—¿Quieres leer algo? —le pregunté.

Se sobresaltó al oír mi voz y bajó la cabeza, sumisa.

Comencé a ir hacia ella pero me paré. Cualquier movimiento inesperado podía hacerla huir.

—No pasa nada, Álex. Si quieres leer algo, puedes hacerlo.

—No me llamo Álex —susurró—. Me llamo Alexandría.

Algo comenzó a arder en mi pecho, bajo el corazón.

—Pero te gusta que te llamen Álex.

Se apartó de los libros moviendo la cabeza y lentamente fue hacia la tele, con la mirada baja. Se detuvo delante de la pantalla en blanco. Cogí una pequeña estatua de Atenea y volví a dejarla en su sitio. Quería acercarme a ella, abrazarla, pero no estaba seguro cómo respondería a eso. Entre nosotros todo era poco natural y un tanto incómodo.

—¿Quieres ver algo?

Levantó la barbilla pero no me miró. Tenía las manos pegadas al cuerpo, pero las abría y cerraba.

—¿Puedo?

¿Puedo? Dioses, cuando Álex se pusiera bien iba a flipar.

—Puedes hacer lo que quieras.

Una pequeña sonrisa vacilante asomó en sus labios y levantó los ojos, esos ojos apagados. Respiré lentamente, pero no logré disminuir la presión que me oprimía el pecho. Apartó la mirada.

—¿Podrías...?

La puerta se abrió y Apolo entró a la habitación.

—Aquí estáis. —Álex se quedó paralizada frente a la televisión, como un animal salvaje que se siente amenazado. Y entonces salió disparada y se puso detrás de mí. Se quedó ahí agazapada, agarrándose con fuerza de la camiseta.

Apolo se detuvo y levantó las cejas.

—¿Acaba de esconderse detrás de ti?

Miré al dios.

—No es la misma. Ya lo sabes.

Parpadeó.

—Ya lo sé. Es solo que no me lo esperaba. Es como una ninfa o algo así.

Oír la palabra «ninfa» de boca de Apolo era superior a mis fuerzas.

—¿Qué quieres?

Apolo inclinó la cabeza hacia un lado y habló en voz baja.

—Estamos de mal humor, eh Aiden...

Álex me clavó los dedos en la espalda. Me moví hacia un lado, cubriéndola del todo. En ese momento, seguro que Apolo había puesto alguna cara rara. Le ignoré y sonreí hacia Álex.

—No pasa nada. Apolo no va a hacerte daño.

O al menos eso esperaba.

Álex me miró a través de sus pestañas. Por primera vez desde que había Despertado, vi algo de confianza en sus ojos. Comenzó a entrar algo de calor en la cueva helada en la que descansaba mi corazón desde entonces. Nunca había visto a un mestizo de servicio que mirase a su Maestro de esa forma. Tenía que significar algo.

Apolo se aclaró la garganta.

—Veo que algunas cosas nunca cambian.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, ya sabes, esos ojitos de amor que os ponéis. Aun cuando alguien —ejem, como yo, un Dios—, está justo frente a vosotros.

Miré hacia el techo, tratando de ignorar su comentario, pero Álex me tiró de la camiseta.

—¿Qué ha querido decir con eso? —susurró.

¿Cómo podía responderle? Que Álex no recordase demasiado era la clave para mantenerla alejada de Seth, pero no estaba seguro de cuánto podía contarle. Y de hecho estaba haciendo una pregunta, increíble.

—Luego te lo explico.

Apolo rio entre dientes.

—Me encantaría oír la conversación. —Entrecerré los ojos y él sonrió. A veces creía que solo intentaba cabrearme—. Hay novedades que deberías conocer.

Supuse que no serían buenas noticias. Comencé a responder, pero Álex volvió a tirarme de la camiseta y susurró:

—Me duele la cabeza.

—Luego te doy algo. ¿Vale? —Bajó la mirada y asintió.

Quería que fuese lo más rápido posible. Volví a moverme un poco para cubrir a Álex.

—¿Tiene que ver con... el otro?

Entendió que me refería a Seth y asintió.

—No le ha hecho gracia no poder conectar con ella. Los espías de Dionisio han dicho que el Ministro y él están cada vez más inquietos.

—Ya supongo. —Nadie sabía cómo iba a reaccionar Seth cuando se cortase su vínculo. Sentí cómo Álex se asomaba y echaba un ojo. Miraba a Apolo con los ojos de par en par. Él sonrió y ella le lanzó una sonrisa tímida—. ¿Ha hecho algo? —Le pregunté.

—Humm, si contamos a los dos centinelas a los que eliminó por no querer unirse a la causa... Entonces sí.

—Dioses —murmuré y me volví a girar cuando Álex se movió.

Apolo estiró el cuello hacia un lado, siguiendo los movimientos nerviosos de Álex.

—Aún no han hecho ningún movimiento contra el Covenant de Tennessee, pero unos cincuenta de sus Centinelas se han separado y parece que van hacia el de Nueva York. Él sigue con Lucian.

—¿Qué pasará si llegan a Nueva York?

Se puso serio.

—He sacado unas cuantas cosas del Olimpo, por si acaso estos Centinelas piensan hacer algo.

Eso me dio miedo.

—¿Qué cosas?

—Algunas de las creaciones más interesantes de Hefesto: los Khalkotauroi.

Me quedé sin aliento. Seguro que le había oído mal. Los Khalkotauroi eran toros de bronce que soltaban fuego por la boca, pero no eran como los del mito de Jasón y el Vello de oro. Para empezar, no había solo dos. Había centenares de ellos y caminaban sobre dos patas. Como todas las criaturas que pertenecen a los dioses, habían sido capturadas y enviadas al Olimpo cuando los dioses se retiraron del mundo mortal.

—¿Y qué pasa si los ve un mortal?

Apolo arqueó una ceja.

—Los Khalkotauroi saben esconderse, pero si asedian Nueva York o cualquier otro Covenant, será algo indiscutible. El mundo mortal se dará cuenta de que algunos mitos son verdad.

No había nada más que decir al respecto y ya tenía la cabeza bastante ocupada con demasiadas cosas como para dedicarle tiempo a esto. Apolo se fue, pero no sin antes intentar hablar con Álex que, nerviosa, no quería ni acercarse a él. Aunque a Apolo le hacía gracia. Me fascinaba que el mundo entero estuviese a punto de entrar en guerra y que Apolo se estuviese riendo.

Seguro que esta no era la primera vez que se enfrentaba a algo así.

Cuando Apolo se fue, Álex se me quedó mirando, con una expresión contraída.

—La cabeza... me duele.

—Ahora te doy algo.

Fui a buscarle una aspirina y ella me siguió. Nunca se apartaba demasiado de mí. Se tomó las dos pastillas sin dudar y me di cuenta de lo fácil que era abusar de esa confianza, como les pasaba a muchos mestizos, si caía en malas manos. Al darme cuenta de eso, sentí un temor extraño.

La aspirina no funcionaba. Álex se encerró más en sí misma. Estuvo con los ojos cerrados durante casi toda la película que puse. Se quedó dormida y la llevé a la cama. Parecía no pesar nada. Aún después de eso, una voz profunda seguía diciéndome algo desde el fondo de la cabeza. Su dolor de cabeza era una señal.

El Elixir estaba desapareciendo. Mañana será el cuarto día. Solo pensar que tendría que darle otra dosis me mataba por dentro. Pasaron las horas y yo seguía tumbado en el sofá mirando al techo, viendo a los jirones de luna abrirse paso entre la oscuridad. La colcha se me enredó en las piernas cuando me tumbé de lado. ¿Podría volver a hacerlo? ¿Darle algo que la destruía por dentro y ver cómo se lo tomaba, con una confianza total en la mirada?

Cerré los ojos con fuerza y me puse los brazos debajo de la cabeza. No había otra opción. Apolo tenía que encontrar algo, porque ella no podría hacerlo por su cuenta. El sueño me acabó llevando a su territorio, pero no por mucho tiempo.

Me desperté sobresaltado. La habitación estaba completamente a oscuras y el sofá me parecía mucho más pequeño. Me rodeaba un olor a melocotón. Algo cálido y suave estaba pegado junto a mí y se me acercaba cada vez más. Unas manos me agarraron la camiseta.

Abrí los ojos de par en par.

Frente a mí, vi aparecer la cabeza de Álex, que apoyó la mejilla contra mi pecho y soltó un pequeño suspiro. Se me tensaron todos los músculos. ¿Estaba soñando? Incluso dejé de respirar. ¿Qué hacía ella allí, en el sofá, conmigo?

—¿Álex? —dije con voz ronca—. ¿Qué haces?

Levantó la cabeza y pude ver los jirones ámbar de sus ojos tras las pestañas. Esos ojos eran algo excepcional de ver por la noche.

—Me duele la cabeza.

Comencé a incorporarme, pero Álex cambió de postura y me puso una pierna encima, como si me estuviese pidiendo en silencio que no me moviese.

—Eh... —Nunca me había sentido tan inseguro o incapaz de saber lo que alguien estaba pensando—. ¿Quieres que vaya a por otra aspirina?

—No. —Volvió a apoyar la cabeza sobre mi pecho, acomodándose—. Ahora está mejor. Vacío.

Tragué saliva, nervioso.

—¿Vacío?

—Ahá —murmuró en un escalofrío—. Hay más silencio cuando estoy a tu lado. El corazón me traqueteó.

—¿Más silencio? ¿Oyes cosas? ¿A una persona?

—No lo sé. Es como... —Bostezó y estiró la mano sobre mi pecho—. Es como si

alguien me hablara desde muy, muy lejos. ¿Me hace parecer...?

Seth. Comencé a sentir una profunda ira, que traté de ocultar de mi voz.

—¿Qué?

—¿Una loca? ¿Me convierte eso en una loca?

—Para nada, agapi. —Bajé un brazo y agarré la colcha para taparla lo más que pude—. ¿Eres capaz de saber lo que te dice la voz?

Negó con la cabeza.

—No quiero saberlo. No tengo que hacerlo ¿verdad?

—No. —Me dolía verla así.

—Bien —dijo, y me pregunté si habría sonreído—. ¿Puedo quedarme contigo?

—Siempre. —Dioses, no querría que estuviese en ninguna otra parte.

El silencio cayó sobre nosotros y comenzó a respirar constante y profundamente. Así que los dolores de cabeza eran un signo de que Seth estaba tratando de contactar con ella, lo que explicaba también los breves destellos de dolor que le vi antes del Elixir y que confirmó lo que sospechaba desde el principio. La conexión le hacía daño. Ahora la habíamos silenciado, pero significaba que mañana necesitaría sin duda otra dosis.

Volví a sentir un nuevo ataque de ira, pero mantuve el cuerpo relajado. No quería asustarla. En realidad sí que creía que Seth se había llegado a preocupar por Álex, incluso habría llegado a amarla a su modo fuera cual fuera. Sobre todo tras la muerte de Caleb, se había preocupado mucho por ella, la había protegido y yo no. En Nueva York había cuidado de ella y habría matado sin pensarlo para asegurarse de que nadie descubriese que había matado a un puro en defensa propia. ¿Habría sido todo una estrategia? ¿Algo para asegurarse de que Álex siguiera viva para poder Despertar y darle el poder del asesino de dioses?

Nunca llegué a confiar en ese imbécil, a veces había visto algo indescriptible en esos ojos fríos, unos ojos que también tuvo Álex durante un tiempo. Había algo en él que activaba todas mis alarmas y me enfadaba como nada. Podía haber sido por su mero interés en Álex, pero aun así...

Nunca pensé que pudiera hacerle daño.

Como le pusiera las manos encima a ese desgraciado, le mataría o moriría en el intento.

Pero en esos momentos, tenía a Álex tumbada a mi lado y ni de coña iba a ponerme a pensar en Seth. Con cuidado, bajé el brazo izquierdo y le rodeé la cintura, extremadamente delgada. Volvió a suspirar. A mi lado, parecía increíblemente pequeña. ¿Cómo es que no me había dado cuenta antes? Igual es que solo veía su fuerza.

Podría haberle pedido que volviese a su cama o irnos los dos ahí, pero no tenía ni el valor ni las ganas para moverla de ahí. No ahora que la tenía tan cerca de mí y me traía a la memoria recuerdos agrídulces y tiernos. Rememoré los días que pasamos en casa de mis padres y el breve tiempo que estuvimos en Ohio.

Álex murmuró algo e inclinó la cabeza hacia atrás, acariciándome la barbilla y la mejilla con la punta de la nariz. Una oleada de calor sacudió mi cuerpo y, sin saber muy bien por qué, aparté la cara. Le rocé la frente con los labios.

—Buenas noches, Aiden...

El pulso se me aceleró y sonreí; sonreí de verdad.

—Buenas noches, agapi.

Capítulo 8

Por la mañana, Álex se tomó el elixir y la compulsión sin rechistar. Cuatro días después, volvió a hacerlo. Cada una de las veces, me afectaba a mí más que a ella. En realidad Álex no entendía lo que le estaba dando, solo que después le hablaba en griego y estaba cansada.

Pero con cada día que pasaba, resurgía una pequeña parte de su antiguo yo cuando estábamos solos. Muy a mi pesar, seguían faltándole sus típicas contestaciones agudas. ¿Quién iba a pensar lo mucho que echaría de menos sus ocurrencias? Ahora sonreía más a menudo y, aunque rara vez se separaba de mi lado, no se asustó demasiado un día que nos encontramos con Lea y Luke. Se portaron bien con Álex, aunque les sorprendió lo cambiada que estaba. No estuvieron mucho con nosotros.

Creo que les asustó ver lo real que era el poder del Elixir, lo que podría hacerles a ellos. Ver la forma en que había reducido a Álex, dejándola como un caparazón vacío. Un día vi a Lea mirándola y se veía perfectamente lo que estaba pensando. Esa podría ser yo. Se estaba viendo a sí misma a través de los ojos apagados de Álex.

Hacia el tercer día comenzaban los dolores de cabeza y cada vez que me miraba y mencionaba que le dolía, me entraban ganas de partirle las costillas a Seth una a una.

Entre nosotros se desarrolló una especie de rutina mientras esperábamos a que apareciese Apolo de nuevo, con buenas noticias. Pasábamos el día juntos y por las noches a veces venía al sofá. Obviamente, esa era mi parte favorita del día. La cama todavía estaba prohibida. Había una intimidad ahí, una intimidad que deseaba y que me costaba mucho rechazar, pero estando ella así, habría estado fuera de lugar.

Álex sacó el tablero de ajedrez y lo puso sobre la mesa mientras la miraba. Dioses, me encantaba simplemente mirarla. Sé que suena a pervertido, pero mis ojos la buscaban. Seguía manteniendo una cierta elegancia, a pesar de las tres dosis.

—¿Juegas? —Se sentó en el suelo, al otro lado de la mesita.

Le había estado enseñando a jugar al ajedrez. Asentí y me senté en el suelo. Ella cogió uno de los peones y lo puso en la primera fila del tablero.

La verdad es que no estaba yendo muy bien el cursillo.

Cuando apartó la mirada, me estiré y cambié el peón por un caballo. Se puso las manos bajo la barbilla y me escuchó repetirle las reglas. Cuando acabé, empezó moviendo un peón una casilla hacia delante.

Intenté imaginarme estar jugando con Álex en otro momento, como un mes antes. Era imposible imaginársela sentada tanto rato y con la paciencia suficiente como para acabar una partida. Conociéndola, a estar alturas ya habría lanzado una pieza por los aires. Me reí.

Álex levantó la cabeza y sonrió.

—¿Qué pasa?

—Nada —le dije.

Sin dejar de sonreír, se arrastró hasta sentarse a mi lado y se acercó al tablero. Movié un peón y lo puso justo en el sitio donde se lo podía tomar. Me volví a reír.

—No puedes sentarte a mi lado y jugar al ajedrez al mismo tiempo, agapi.

Levantó los hombros.

—Me gusta estar a tu lado.

A mí también me gustaba. Moví un peón hacia delante, sin tomar el suyo.

—También me gusta cuando te ríes. —Se puso un dedo sobre los labios y arrugó la frente mientras estudiaba el tablero—. Creo que me gustas.

Abrí la boca, pero no dije nada.

—A veces siento... Siento que debería hacer algo más. —Cogió una torre—. Con mi vida. —La volvió a dejar y levantó la mirada, buscando mi cara—. Y contigo.

Sabía que tenía que decir algo, pero había demasiadas cosas que quería decir.

Se acercó más y apoyó la cabeza en mi hombro. El corazón me dejó de latir por un instante.

—Tengo ciertos recuerdos. Son como sueños. Algunos son muy buenos y otros son oscuros y rojos. —Frotó su mejilla contra mi hombro—. Sé que hay algo más... en todo esto.

—Lo hay —dije en voz baja. Entreabrió los labios y sus largas pestañas parecían abanicarle las mejillas.

—Me gusta todo esto. Me gusta cuando me abrazas por la noche. Está bien. Parece... real. —Hizo una pausa y levantó la mirada—. Gracias.

—De nada. —Sonó demasiado serio.

Álex levantó la cabeza y arrugó la boca.

—Tengo la sensación de que no sueles decirlo muy a menudo.

Me quedé sin aliento. Un montón de emociones se arremolinaron en mi pecho.

—La verdad es que no.

—¿Te gusta? —Miró hacia el tablero y pasó los dedos por encima de todas las piezas que no debía mover.

—Claro que sí, agapi. —Le puse un brazo sobre los hombros y me acerqué a ella. Le di un beso en la sien y luego en la frente. Movié las mejillas al sonreír y mi pecho hizo lo mismo. El remolino cada vez se hacía más grande. Acerqué la cara contra su maraña de pelo ondulado y tomé aire.

Apolo dijo que sabía lo que este tipo de amor podía llegar a hacer. Y ahora por fin entendí por qué Paris había arriesgado su país y su sangre por Helena. Era egoísta, sí, pero lo entendía. Sería capaz de hacer arder el mundo entero si eso mantenía a salvo a Álex.

—Toc, toc. —Escuché decir a Deacon. Álex se puso tensa.

Me aparté de ella y levanté la mirada. Estaba parado junto a la puerta, con una leve sonrisa en la cara. Aparté el brazo y me puse de pie. Me sorprendió ver que me

temblaban las piernas.

La mirada de Álex saltaba inquieta entre mi hermano y yo, hasta que debió ver algo en mis ojos, porque se relajó y volvió a concentrarse en el tablero de ajedrez.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Entró a la habitación.

—No. ¿Qué pasa contigo?

Torcí la boca.

—Aquí, jugando al ajedrez con Álex.

—Qué emocionante. —Deacon vio como Álex iba moviendo las piezas por el tablero sin ningún orden en especial—. Luke se ha puesto en contacto con Olivia. Está con su madre y han quedado con Laadan. Quieren venir aquí.

—Si están con Laadan, entonces me fío. Aun así, acláralo con Marcus.

—Marcus me gusta. —Álex se puso de pie junto a mí.

Deacon arqueó una ceja.

—Vale, eso es raro...

—Deacon —le advertí.

Álex me sonrió mientras sujetaba un alfil con la mano.

—¿Jaque mate?

Deacon se rio entre dientes.

—Por todos los dioses, parece Rain Man.

Una fuerte oleada de ira sacudió rápidamente todo mi cuerpo, Álex arrugó la frente.

—¿Eso de *Rain Man* es algo bueno? —preguntó.

Di un paso hacia el idiota de mi hermano y exploté.

—Lárgate de aquí antes de que te estrangule con todas mis fuerzas.

Con los ojos como platos, Deacon levantó las manos.

—Hey. Que era broma. Quiero decir, venga, todo es como bastante inesperado.

La rabia me inundó. Era mi hermano. Le quería, pero joder, nunca pensaba antes de hablar. En voz baja le dije:

—¿Sabes lo insultante que es eso para Álex?

Pestañeó y comenzó a ponerse rojo.

—No pensaba...

—Ah, no jodas.

—No quería decir nada malo con eso, Aiden. Lo siento. —Miró hacia mis espaldas y arrugó la frente—. De verdad.

Respiré profundamente y dejé que la rabia se disipara de mi cuerpo.

—Ya lo sé. Es solo que... —No hacía falta que acabase la frase. Deacon ya lo sabía—. No quería gritarte. Solo acuérdate de decirle a Marcus lo de Laadan y Olivia. ¿Vale?

Deacon parecía querer decirme algo más, pero tan solo asintió y salió de la habitación.

Suspiré y me di la vuelta.

—Álex...

Ya no estaba donde antes. Mierda. Debí haberlo sabido. No había sido muy inteligente por mi parte gritarle a Deacon y amenazarle con que le iba a estrangular. Siempre se me olvidaba que esta no era Álex.

Esta era una chica asustada.

Recorrí la habitación con la mirada y me fijé en la puerta del armario. Estaba entreabierta, dejando ver una delgada línea a oscuras. No habría...

Pensar en que Álex —mi fuerte y hermosa Álex—, se había escondido en un armario, me mataba por dentro. Durante un segundo no pude moverme ni respirar. Yo le había hecho esto —le había dado el Elixir—, la había transformado en algo que echaba a correr en cuanto alguien levantaba la voz. Quería culpar a Seth por ello, porque el vínculo que había forjado con ella era lo que nos había llevado a tener que hacerlo, pero había sido yo quien le había obligado a tragar el Elixir.

No tenía perdón.

Me tragué la mezcla de rabia y dolor que sentía mientras me dirigía hacia el armario y abrí las dos puertas. Era un armario profundo, con varios estantes en la parte superior que estaban llenos de edredones. Unos cuantos porta trajes colgaban de una barra. Bajé la mirada. Cinco pequeños dedos de un pie asomaban por detrás de uno de ellos.

Cerré los ojos y maldije en silencio. Aparté las fundas. Álex apartó el pie rápidamente y pude oír cómo se apartaba más hacia el fondo. Me arrodillé y la encontré pegada contra la pared, con las rodillas encogidas contra el pecho y los ojos de par en par.

—Oh, Álex...

Me miró con recelo.

—Mi nombre es Alexandría.

Y así fue cómo eché a perder todos esos días de tratar de sacarla de la coraza que le había creado el Elixir.

—Vale. —Me senté con las piernas cruzadas y me pasé la mano por el pelo, pensando cómo proceder. De pequeño, Deacon tenía muchas pesadillas. Nunca se escondió en un armario, pero sí que gritaba como una furia. Y entonces yo solía leerle algo. Aunque dudaba que eso fuese a funcionar ahora.

—¿Estás bien?

Pasó un rato.

—No me gustan los gritos.

—Lo sé. Lo siento. —Y de verdad que lo sentía—. Pero nunca haría daño a Deacon. Es mi hermano.

Puso cara de estar confusa.

—Dijiste que ibas a estrangularlo.

Y ahora realmente sí que quería hacerlo.

—No lo decía en serio. A veces decimos cosas que no queremos cuando estamos enfadados.

Pareció pensar en ello.

—Cuando gritaste, vi algo.

—¿Qué? —Avancé unos centímetros, con cuidado de no asustarla—. ¿Qué viste?

Abrió las manos y se las quedó mirando. Tenía el alfil en la mano y unas marcas rojas de lo fuerte que lo había estado agarrando.

—Sangre. Tenía sangre en las manos, pero no estaba ahí. No de verdad.

No tenía idea de lo que quiso decir con eso, pero me había puesto a su lado mientras hablaba y no parecía haberse dado cuenta. Me senté a su lado y estiré un poco las piernas en ese espacio tan estrecho. Rocé su hombro con el mío y me lanzó una mirada rápida, inquisitiva e indecisa pero no asustada.

—¿Sigue habiendo sangre en tus manos?

Álex negó con la cabeza.

—También oí algo. Una voz —continuó diciendo con tranquilidad—. Era importante.

El estómago me dio un vuelco. No me gustaba donde estaba yendo todo esto, en lo que iba a derivar. Si estaba empezando a recordar cosas, significaba que necesitaba otra dosis, otra compulsión. Y le acababa de dar la última dosis dos días antes. Suspiré.

—¿Qué decía?

Cerró la mano alrededor del alfil.

—Matarás a los que amas. —Levantó la mirada. Sus ojos brillaban por las lágrimas—. ¿Lo he hecho?

—Álex... —No tenía palabras para esto. Su labio inferior empezó a temblar y se me encogió el corazón. Tomé una decisión—. No. Nunca has matado a nadie.

Parpadeó y su voz sonó como apenas un susurro.

—¿No?

—No, agapi mou, nunca.

Se secó los ojos con las mangas y suspiró. Vi cierto dolor en el fondo de su corazón. Y confusión.

—Sueño que lo he hecho, una y otra vez.

Sonreí por ella a pesar de sentir cómo se me encogía el pecho.

—Solo son sueños. Y ya está.

Pasaron unos segundos y entonces se echó hacia mí, retorciéndose hasta lograr meterse debajo de mi brazo. Se acurrucó con la cabeza apoyada sobre mi pecho y mis brazos a su alrededor.

—Eres muy agradable, a pesar de decir cosas malas que no dices en serio.

Sacudí la cabeza, pero la envolví más en mis brazos.

—¿Alguna vez te he hablado sobre la primera vez que te vi?

Se estremeció.

—No.

Cerré los ojos y sentí que se acercaba aún más a mí. Agarré con fuerza la tela de su jersey y apoyé la barbilla sobre su cabeza.

—Yo tenía dieciséis años y tú seguramente unos catorce.

—No me acuerdo de cuando tenía catorce años.

—No pasa nada. Yo lo recuerdo por los dos. —Conté hasta diez antes de continuar, asegurándome de no quedarme sin voz—. Era casi el final del día y me dirigía hacia las salas de entrenamiento con un amigo. Aún estaban en clase. Pasé junto a la puerta, que estaba abierta y oí risas. Y normalmente no se suelen oír durante un entrenamiento. Tuve que pararme y ver lo que estaba pasando.

Esa fue la primera vez que la vi. Era imposible no verla. Ella era la más pequeña de la sala, más bajita y delgada que todos sus oponentes, pero no sobresalía por eso. Tenía esa sonrisa pícaro suya y una energía que se contagiaba. No dejaba de dar vueltas en círculos alrededor de un muchacho alto y rubio. El Instructor estaba cabreado, sin duda por ella y la atención que estaba recibiendo por parte de un puro y de una clase entera. Pero en cuanto la vi, no pude apartar la mirada. Era como si me hubiese alcanzado un rayo.

—Estabas entrenando con Cal, un amigo, entrenando movimientos de desarme. Él seguía intentando tener ventaja, pero tú lo derribabas una y otra vez sin dejar de reír. Los dos os reíais. Por eso me quedé mirando.

—¿Me conocías ya? —me preguntó medio soñolienta.

—No. —La agarré más fuerte, como si de alguna forma pudiese tenerla dentro de mí y mantenerla a salvo—. Pero, desde ese momento, supe que eras increíble.

Capítulo 9

Apolo llegó justo después de la cuarta dosis de Álex, sin novedades. Los Centinelas no habían llegado a Nueva York. Habían parado en Pensilvania y se habían dispersado. Los Khalkotauroi les seguían. Seth y Lucian seguían a las afueras de Nashville. Al parecer, su ejército era casi el doble.

A mí no me sorprendía que hubiese tantos Centinelas que estuviesen de su lado. Les habían ofrecido algo que nunca nadie les había dado y estaban dispuestos a morir por la libertad.

Y de hecho había bastantes posibilidades de que lo hicieran, según Apolo.

—Hades, Poseidón y Deméter. —Apolo contó cada nombre con los dedos. Sus ojos eran de un azul brillante—. Y Ares, que por cierto está muy emocionado, Hermes y Hera han prometido ir a la guerra.

—¿Hera? —Me froté la barbilla—. Por lo menos tenemos a Zeus.

Apolo puso cara de fastidio.

—Eso no significa nada. Seguramente se está poniendo de nuestro lado para molestar a Hera, pero por lo menos tenemos a Atenea y a Artemisa. Algo es algo.

—Entonces, ¿están dispuestos a esperar y ver qué pasa? ¿A darnos tiempo?

Asintió.

—No quieren ver otra guerra. No después de lo ocurrido con los Titanes. Entonces se perdieron muchas vidas mortales, y con la población actual la pérdida sería muchísimo mayor.

Y nuestra única esperanza era que Álex pudiese romper de alguna forma su conexión con Seth y derrotarlo. Miré hacia la chica que dormitaba acurrucada a mi lado en el sofá. El panorama era desolador.

—¿Y nadie ha encontrado aún nada para romper la conexión?

Apolo suspiró.

—No hay nada que hayamos encontrado, Aiden. Ni en los antiguos mitos ni en los pergaminos. Y si alguno de los otros seis lo sabe, no lo dice. —Miró hacia Álex y la frialdad de su voz se tiñó de un cierto cariño. Al mismo tiempo, en mi estómago comenzaba a arremolinarse una profunda tristeza—. He repasado todas las profecías. No han cambiado. Uno que destruir. Uno que salvar. Solo puede vivir uno en cada generación.

Se echó hacia atrás sacudiendo la cabeza.

—No puedo dejar que mis hermanos vayan a la guerra.

Puse una mano sobre el hombro de Álex.

—¿Ya la has dado por perdida?

—Me estoy preparando para lo peor. —Apolo se puso de pie—. Y no me pegues, Aiden, pero creo que tú también deberías empezar a prepararte para eso.

La piel me ardía, y hablé con fuerza.

—Me pediste que le diese el Elixir y entonces te dije que me estabas pidiendo demasiado, pero lo hice. No puedo aceptar que me pidas que me rinda.

—No es rendirte. —Se agachó y me miró a los ojos—. Me aseguraría de que la cuidasen bien, incluso dejaría que te visitase. Podríamos hacer algo en plan Perséfone.

Me tragué una furia intensa que salió en forma de gruñido.

—Me estás pidiendo que te deje matarla.

—Me aseguraría que no sintiese dolor —dijo, levantándose de nuevo. Me dio la espalda; atrevido, teniendo en cuenta que me faltaba un pelo para clavarle una daga—. Esto no es fácil para mí. Me preocupo por ella, básicamente es mi hija. Y llevo años cuidando de ella, desde mucho antes que tú la conocieses siquiera. —Se puso frente a mí, con las manos en las caderas—. Esto no sería solo una pérdida para ti, pero solo puede vivir uno de ellos y no puedo hacer nada con Seth. Ni sé a quién está unido.

Cerré el puño y me puse entre Álex y Apolo.

—Apártate.

—Aiden...

—En serio. Apártate.

Sus ojos se pusieron completamente en blanco. Sin pupila. Sin iris.

—Solo permito que me hables así porque conozco tu amor y tu dolor, porque yo lo he sentido también. No fueron los míos quienes le convirtieron en flor. Fui yo. Era la única forma en que podía salvarle de ellos. Así que sé lo que hace el amor y el dolor que se siente tras un sacrificio de ese tipo. Pero no te equivoques, no me arrepiento de lo que tuve que hacer. Volvería a hacerlo.

Me quedé en el mismo sitio, entre ellos, con las piernas abiertas, tan listo para pelear que casi podía saborearlo.

—Y tú no te equivoques tampoco, Apolo, yo no voy a hacer ese sacrificio.



No soportaba seguir en esa casa. Tenía los nervios a flor de piel, todo mi cuerpo estaba listo para pelear. Tenía sed de sangre.

Necesitaba aire fresco.

Y Álex también. Desde que se había despertado, no dejaba de dar vueltas por todas partes, incapaz de estar sentada más de cinco minutos seguidos.

Por primera vez desde que había Despertado, la llevé fuera. Ver sus ojos brillando de alegría y la brisa apartándole el pelo de las mejillas, hacía que la oscuridad que se estaba adueñando de mi interior disminuyese un poco. Los saltitos que daba con cada paso según andaba entre ramas caídas y arbustos, me recordaban a la antigua Álex.

Sobre todo cuando se paró de repente, mirando con cuidado hacia un pequeño arroyo que había un poco más adelante. Se giró rápidamente y lanzó los brazos sobre mí.

Sorprendido por tan repentino afecto, me quedé helado, pero después la cogí por la cintura y la eché hacia atrás.

—¿A qué ha venido eso?

Álex se encogió de hombros.

—Me apetecía.

Se soltó de mi abrazo con un grácil saltito y le cogí la mano.

—Pues me ha gustado.

Sonrió.

—Igual vuelvo a hacerlo. —Me miró por encima del hombro, emocionada. Tiraba de mí hacia delante.

Le solté la mano y me paré. Volvió a mirar hacia atrás arrugando la frente.

—Ve —le insté.

—¿Seguro?

Asentí y me apoyé contra un viejo roble. Me miró a la cara y pareció ver lo que necesitaba. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el lecho del arroyo. Daba pasos rápidos pero no desiguales. En algún momento crecería esa energía nerviosa que llevaba sintiendo todo el día. Pronto volvería a asaltarle un dolor insoportable, en cuanto creciese su tolerancia al Elixir y Seth volviera a aparecer en ella.

Y si no le daba una dosis mayor, junto con una compulsión más fuerte, volvería a formarse el vínculo entre ellos.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Tenía que haber otra manera. No podíamos seguir haciéndole esto. Tarde o temprano, los efectos del Elixir no desaparecerían. Se quedaría así para siempre, atrapada entre la Álex tenaz y decidida y esta ingenua Alexandría. No estaba bien hacerle esto. Esa tremenda injusticia me cubrió la boca y la garganta como si fuese bilis. Sentía el ácido arder en el estómago abriéndome un agujero en el alma.

Y Apolo... se estaba rindiendo, aunque no quisiera admitirlo. Se estaba rindiendo y preparándose para matar a Álex.

Apreté la mandíbula con fuerza y abrí los ojos. Álex estaba sentada sobre un tronco caído cerca del lento arroyo. Llevaba algo en las manos... ¿flores? Miraba hacia un lado, con una mueca de tristeza en los labios. Empezaba a estar triste.

Me aparté del árbol pero me quedé quieto cuando la vi coger un pétalo y ponerlo en el tronco. Y luego otro y otro más, hasta que unos diez pétalos o más formaron un círculo a su lado. Puso dos más, completando el círculo, y otros dos dentro.

Se me encogió el corazón y, de repente, comenzó a cosquillearme la piel al sentir cierta energía. Me giré, esperando encontrarme a Apolo, o peor aún, a algún otro dios más hostil. Contuve el aliento.

Un resplandor etéreo apareció rodeando una figura femenina y fue

desvaneciéndose lentamente hasta revelar a una mujer esbelta más alta que yo. Tenía el pelo castaño sujeto sobre la cabeza en un intrincado laberinto de trenzas, adornado con unos lirios. Un fino vestido blanco le cubría el cuerpo y dejaba muy poco a la imaginación. Sentía que debía apartar la mirada, pero no podía. Su belleza era casi dolorosa, irreal.

Sonrió levemente.

—Hola, Aiden. —Su voz era una sinfonía. Empecé a hacer una reverencia, pero levantó una mano para pararme—. No es necesario. A diferencia de mis hermanos y hermanas, a mí no me gustan demasiado las formalidades.

Me costó unos segundos recobrar la voz.

—Eres una de las Moiras... una de las Parcas.

—Soy Cloto.

El miedo se agolpó en el centro de mi pecho. Cloto era quien hilaba el hilo de la vida de los humanos, pero también la que decidía cuándo los dioses podrían salvarse o ser condenados a muerte. Miré a Álex por encima del hombro. ¿Sus poderes también se extendían a las criaturas divinas? Me moví a un lado para tapar a Álex.

La risa de Cloto era suave y melodiosa.

—No estoy aquí para hacerle daño y, aunque quisiera, no puedo cortar su hilo. Y Átropos tampoco.

Aliviado por ese dato, me puse frente a la diosa.

—¿Por qué has venido?

—Os he estado observando a ti y a ella. —Se echó hacia un lado. La luz del sol pasó a través de las ramas, cayendo sobre su hombro desnudo y su vestido. La tela brilló—. Te duele verla así, lo sé. La quieres mucho.

No vi ninguna razón para mentir a una de las Parcas.

—Más que a nada en este mundo y sin ella... —Me aclaré la garganta y aparté la mirada. No podía ni acabar la frase, no podía ni pensarlo.

—¿Seguir adelante sería como vivir sin una parte de ti? —Asintió cuando volví a mirarla—. Vuestros hilos están entrelazados. Pero no es cosa mía, ¿sabes?

No sabía nada. Ahora entendía la frustración de Álex cuando habló con el oráculo. Abrí la boca pero la cerré. Comencé a entender las cosas.

—Estaba Destinada a estar con Seth, ¿verdad?

Me miró y su sonrisa se desvaneció.

—Sí, pero el Destino tiene muchos planes para ella.

—¿Qué va a pasarle? —Pregunté sin poder evitarlo. Ya sabía que preguntarle una cosa así a una de las Moiras era algo bastante absurdo.

—¿No me preguntas por ti?

Sí, claro que tenía curiosidad, pero no me importaba mi destino. Negué con la cabeza.

Levantó las cejas.

—La mayor parte de las personas no dejarían pasar la oportunidad de conocer su

destino, pero no puedo decirte qué le espera a tu Alejandría. Algunas cosas incluso nos son desconocidas a nosotras.

La decepción comenzó a filtrarse por mi interior, enredándose entre mis huesos con fuerza. Me giré hacia Álex. Nos estaba mirando, con los ojos de par en par y las manos quietas sobre los pétalos.

—No pasa nada —le dije.

Álex estuvo un minuto entero sin moverse y después recogió todos los pétalos y los lanzó uno a uno al arroyo.

Cloto también miraba a Álex.

—Sus hilos están muy entrelazados —el del Primero y el suyo.

Apreté los puños.

—¿Y no se puede deshacer de ninguna forma?

Inclinó la cabeza.

—No. Igual que el vuestro tampoco. El destino es el destino, ya sabes, pero hay algo que no tenemos en cuenta cuando tejemos los hilos de la vida, ni siquiera cuando los cortamos.

Una parte de mí no esperaba ninguna respuesta, pero aun así le pregunté:

—¿Y qué es?

—El amor. No tenemos en cuenta el amor.

La miré.

—¿En serio?

Se rio y la brisa se llevó el sonido.

—El amor es una criatura salvaje e imprudente. No puede planearse ni hilarse. No puede ser controlado. El amor puede coexistir con el Destino, o puede deshacerlo. El amor es lo único más poderoso que el Destino.

Me quedé mirando a la diosa, mientras las palabras iban calando en mí lentamente. ¿Era por esto por lo que la diosa había hecho esta visita sorpresa?

Sus ojos blancos llamearon y chispearon.

—¿Quieres saber cómo romper la conexión?

Me quedé sin aliento.

—Sí.

Arrugó la frente con compasión. Dio un paso al frente y puso una de sus minúsculas manos sobre mi pecho, justo encima del corazón.

—No hay Dios o persona que pueda romper su conexión, pero aún hay esperanza. —Dejó caer la mano y dio un paso atrás, asintiendo con la cabeza—. Tienes corazón, Aiden. Tienes amor, lo que significa que siempre hay esperanza.

Entonces Cloto empezó a brillar hasta desaparecer. Podía sentir todas las emociones a flor de piel. Avancé a través de las ramas y árboles caídos hasta llegar junto a Álex. Entonces me di cuenta de que estaba aguantando la respiración.

Algo comenzaba a formarse en mi interior, las piezas comenzaban a encajar.

Álex se giró hacia mí y me miró con esos ojos como quebrados. La mezcla entre

marrón y dorado era tan hermosa como desgarradora. Miré en ellos y vi esa confianza que siempre había tenido. Vi cómo en su interior, enterrado profundamente, había devoción y amor. Ningún vínculo, ninguna conexión, podía acabar del todo con eso. Por eso no había roto el collar que le hice.

Aún había esperanza.

Cloto había dicho que el amor es más fuerte que el Destino. ¿Era esa la respuesta que habíamos estado buscando? ¿Amor? ¿El amor que sentíamos el uno por el otro?

Entonces me acordé de lo que me había dicho Álex.

—No me perderé, porque... bueno, lo que siento por ti no me dejará nunca olvidar quién soy...

Se me había olvidado. Pensaba que había olvidado quién era. En realidad ninguno de nosotros, sobre todo yo, habíamos tenido ninguna esperanza desde que Despertó. No habíamos tenido esa esperanza imperecedera en la que la gente se apoya en los momentos difíciles. Pero seguro que este no era uno de esos típicos momentos difíciles a los que se enfrentan la mayoría de las parejas.

¿Qué era lo que había dicho yo entonces?

—Nunca dejaré que olvides quién eres.

Bajó la mirada, abrió la mano y el resto de pétalos cayeron flotando hacia el suelo, como finos trozos de papel.

—Todo esto es muy bonito... y tranquilo. ¿Podemos quedarnos un poquito más?

No tenía muy claro lo que estaba haciendo cuando le puse las manos en las mejillas y le eché un poco la cabeza hacia atrás.

—Álex...

En lugar de corregir su nombre, lo dejó pasar. Sus ojos buscaban los míos.

—¿Aiden?

Mis labios se curvaron en una sonrisa para ella, siempre era para ella.

—¿Crees en el amor?

—Sí —dijo sin dudarlo—. ¿Y tú?

—Sí. —Le puse las manos sobre los hombros y se estremeció—. Creo en el amor.

Sus tupidas pestañas le abanicaron las mejillas y una sonrisa le comenzó a aparecer en los labios.

—Creo que estoy enamorada.

Esas cuatro palabras me pararon el corazón, algo que ni siquiera me pasaba al enfrentarme a una horda de daimons.

Se mordió el labio y una pizca de rubor comenzó a enrojecerle las mejillas.

—Lo siento aquí —dijo, poniéndose una mano en el pecho y luego en el vientre—, y aquí. Es como si en mi interior no tuviese aire o espacio suficiente. Como si pudiese salirme de la piel o ahogarme y saber que no pasaría nada. No sé por qué me siento así, pero siempre me ha pasado y me pasará. —Levantó la barbilla, completamente ruborizada—. Es por ti. Te... te quiero.

Con el corazón a mil, la abracé con fuerza y la levanté por los aires. Soltó una

risita suave pero animada. Hundi la cara en su pelo.
—Te quiero, Álex, siempre te he querido.

Capítulo 10

Empecé a sentir una tremenda determinación ardiendo en mi interior. Tenía un plan, tenía esperanzas y nada iba a poder detener lo que estaba a punto de hacer.

Después de dejar a una Álex completamente agotada en la habitación, me puse el uniforme de Centinela. Sentí que estaba haciendo lo correcto y que tenía derecho a ello, conforme me iba ajustando las dagas y me ataba lo que Álex llamaba mis «botas de patear». Sonreí.

No me había puesto el uniforme desde que salimos de Deity Island. Me enderecé y me miré al espejo. Recién afeitado y con el pelo hacia atrás, parecía alguien nuevo. El enorme peso que se había instalado sobre mis hombros desapareció en cuanto me decidí.

Salí del cuarto de baño, me paré a ver qué tal estaba Álex y le di un beso en la frente antes de ir al piso de abajo. Me costó unos cuantos minutos reunir al grupo de Centinelas que se había detenido aquí de camino hacia el Este. Les dije que recogiesen sus cosas.

Solos se puso detrás de mí.

—¿Qué haces, Aiden?

—No deberían estar aquí.

Me miró mientras cerraba la puerta tras el último de ellos.

—Nos vendrán bien si Seth acaba encontrando la forma de llegar aquí ¿sabes?

—No, para nada. Nadie podría pararlo si lograra llegar aquí. —Me arrodillé y saqué una de las dagas de Covenant—. Solo Álex podría hacerlo.

—¿Y está Álex en condiciones de poder pararlo?

—Aún no.

Marcus entró en el recibidor por detrás de nosotros.

—¿Qué pasa?

—Ve a por Lea, Luke y mi hermano. Tenemos que hablar. —Me corté en la palma de la mano con una mueca de dolor. La sangre comenzó a salir rápidamente. Puse la mano en el suelo y comencé a dibujar el símbolo que vi en casa de Lucian.

Marcus se quedó sin aliento.

—Aiden, ¿qué es...?

—Ve a por ellos. —Acabé con el símbolo de la serpiente. Un instante después, un *flash* de luz blanca iluminó toda la entrada. Las paredes brillaban y aislaban la casa. Evitaba que Apolo pudiese entrar. Me puse de pie y me envolví la mano con una tela.

—Os lo explicaré.

—Por todos los dioses, eso espero.

Solos se quedó quieto.

—Aiden se ha puesto en plan Rambo.

Todos nos juntamos en la sala de estar. Lea y Luke estaban rodeados por un aura de nerviosismo. Mi hermano era el único que parecía estar relajado, quizá porque él ya había visto esta parte de mí en otras ocasiones y sabía que una vez que me decidía por algo, nada podía hacerme cambiar de opinión.

Nada excepto Álex. Y esto era por Álex, para Álex.

Me puse frente a ellos.

—La única forma de que Álex rompa la conexión, es que lo haga por ella misma. Nadie, ni un dios, ni la magia podrían lograrlo. Solo ella. Y creo que puede hacerlo si le damos la oportunidad.

—¿Acaso no se la hemos dado ya? —preguntó Solos.

—No fue suficiente —le dije. Estaba preparado para enviarle volando por la ventana si no estaba de acuerdo—. Pero yo creo en ella, tengo esperanza. Y esperanza es precisamente lo que necesitamos. Voy a dejar de darle el Elixir.

Marcus me miró fijamente y asintió con la cabeza.

—¿Qué dice Apolo sobre todo esto?

Y aquí vino la sorpresa.

—Se está rindiendo y se está preparando para matarla. Solo puede sobrevivir uno y él solo puede actuar sobre ella.

No preguntaron a qué me refería con eso, pero creo que se hicieron una idea.

Lea entrecerró la mirada.

—Él no lo haría.

—Claro que sí. Y entiendo por qué. —Me dolió tan solo pronunciar esas palabras—. Tiene que proteger a la humanidad. Ese es su cometido. Pero yo no me voy a dar por vencido. Y si alguno de vosotros quiere rendirse, le sugiero que se marche ahora.

No se movió nadie, pero esperé para darles la oportunidad de elegir.

—Sin duda, Apolo va a cabrearse cuando se dé cuenta de lo que he hecho y lo que planeo hacer. Si os quedáis... —Las palabras quedaron flotando en el cuarto. Ya lo sabían. Además de todo, tendrían que enfrentarse a la ira de Apolo.

Luke miró a Deacon y sonrió.

—De todas formas, Apolo me da cosilla.

—Desde luego —respondió Deacon moviendo los hombros—. Y hey, si tú crees en Álex, yo también. Tú la conoces mejor que cualquiera de nosotros.

—Eso es cierto. —Marcus sonrió y se apoyó contra el sofá—. Yo me apunto.

Solos suspiró.

—Esto es una locura, ¿pero qué demonios? Vine aquí para proteger a Álex. No para entregarla a que la sacrifiquen como a un perro.

Me giré hacia Lea y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

—Quiero ver cómo Álex acaba con Seth. Alguien tiene que hacerlo. No sería justo que ella muriese para que él viva.

Suspiré aliviado.

—Bueno, ya sabéis que las cosas pueden ponerse feas, muy feas.

Durante unos segundos nadie se movió, hasta que Marcus se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—Estamos contigo, Aiden. Y también estamos con Álex.

Eso era todo lo que necesitaba oír.

—Ella puede hacerlo. Sé que puede.

Entonces los dejé ahí y me fui a la habitación. Crucé el cuarto hasta la cama y me senté. Álex se movió, despertándose lo justo como para no resistirse al cogerla entre los brazos y apoyarla contra mi pecho. Me había preparado, pero no como Apolo pretendía.

No le iba a dar más dosis a Álex y cuando el efecto del Elixir se disipase, haría lo que creyera que era lo peor. La volvería a meter en la celda y esperaría.

Lucharía.

Contra Álex. Contra Seth. Contra un montón de dioses si hiciese falta. Nadie iba a conseguir tener a Álex. Nadie se iba a rendir ni iba a hacerle daño, ni siquiera ella misma.

Apolo convirtió a Jacinto en una flor para protegerlo. Yo le devolvería el control a Álex para que pudiese protegerse a sí misma en lugar de decidir por ella. Eso era lo que nos diferenciaba de los dioses.

Acerqué los labios a su mejilla y me quedé así, sujetándola cada vez más fuerte. ¿Los dioses querían guerra?

Pues estaban a punto de conseguirlo.



JENNIFER L. ARMENTROUT. Nació en Martinsburg, Virginia Occidental en 1980. Jennifer L. Armentrout es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental (EEUU) con su marido, oficial de policía, y sus perros. Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe. Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes. Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.